

Escribe Víctor Bravo: La Bial resignifica lo que es Mérida —en tanto que una ciudad en el interior de una Universidad, según el decir de Picón Salas— un centro de producción, expresión y diálogo cientaífico y cultural, con vocación universalista. Centro que trata de colocar lo más propio, nuestras entrañables raíces, en

el horizonte del diálogo, de la diferencia y de las correspondencias universales. Por ello la figura emblemática es Mariano Picón Salas: el escritor entrañable de *Viaje al amanecer*, y el escritor profundamente latinoamericano y universalista de *De la Conquista a la Independencia*.



ANIVERSARIO >> BIENAL MARIANO PICÓN SALAS

Picón Salas, epónimo de un encuentro sin fronteras

"A Picón Salas le interesaban el diálogo y la integración latinoamericana. Desde muy joven, expresó su inquietud por problemas de índole social, cultural y política de los distintos países"

GREGORY ZAMBRANO

Mariano Picón Salas trazó tempranamente un camino que se convirtió en vocación y horizonte. Conocer los avatares de su país y conectarlos con los de otros que visualizó como parte de una herencia constructiva marcan su pensamiento. Al disponer sus reflexiones, guiadas por la percepción de un legado cultural rico y diverso, quiso expresarlas con un dominio cabal del idioma. Supo aproximarse con un estilo muy personal, que ha sido admirado y reconocido como su marca distintiva. Amó profundamente las formas de la cultura y sus enigmas. Y eso pasa por lo autóctono sin chovinismo, por lo criollo como resultante de un conjunto de mixturas, que requiere honda reflexión, y por la asimilación de la herencia hispánica, sin culpas ni complejos. Lo que él mismo llamó en distintos momentos *ecuménico*, es más que un sentido de alerta por cuanto nos rodea y de alguna manera conforma una manera de ser y estar en el presente. A Picón Salas le interesaban el diálogo y la integración latinoamericana. Desde muy joven, expresó su inquietud por problemas de índole social, cultural y política de los distintos países. Y esto se convirtió en el objeto de su reflexión, a partir de la lengua, la literatura, la historia y las artes, cónsono con la admiración y defensa de la cultura hispánica como herencia, que esgrimió a lo largo de su trayectoria.

A esta vocación abierta, universalista, obedeció también el hecho de que la Bial de Literatura, que se proyectaba desde los albores de 1991, tuviera su nombre como emblema de una cita que quería abrir simbólicamente las fronteras y propiciar un diálogo con las letras y el pensamiento, no solo con las Américas, sino también con España y otros países del mundo. En medio de coyunturas, a comienzos de la última década del siglo XX, Venezuela era un país que se debatía en su inestabilidad política y económica, aunada a las tensiones sociales que tendrían un inopinado desenlace un año

después. Hacer un evento de estas dimensiones, desde el seno de una universidad pública y en una ciudad de provincia, constituyó todo un reto.

En la primera convocatoria de la bial, que se realizó en noviembre de 1991, se dieron cita poetas, narradores, ensayistas y editores, consagrados y emergentes, de varios países y ese sentido abierto se mantuvo a lo largo de su trayectoria, hasta la que cerró el ciclo en su novena convocatoria, en 2012. Durante una semana y a lo largo de veinte años, la ciudad de Mérida fue el epicentro de un diálogo sin fronteras, un espacio abierto para la discusión, el balance y la crítica. Mérida se convertía en la capital cultural de Venezuela y espejo de las letras hispanoamericanas. Siempre bajo la advocación del “merideño más universal”.

Con motivo del centenario de Picón Salas (2001) el tema de la V bial fue el de la memoria, la cultura y la democracia en América Latina. Y se hizo un homenaje cónsono con su trayectoria y las principales líneas de su trabajo, que lo muestran como un intelectual preocupado por la democracia, que cuesta construir y que se debe cuidar. Picón Salas fue un creador de instituciones; supo confiar en ellas como referentes de la educación y la cultura para expresar la necesidad de fortalecer la república y consolidar los valores democráticos. Su experiencia vital lo impele en este sentido, pues conocía las consecuencias de las acciones nefastas de caudillos y dictaduras.

Para Picón Salas la base cultural tenía serias implicaciones en la necesidad de integración, en la búsqueda de una especie de armonía vital, que requería esfuerzos de entendimiento entre formas de pensamiento contrarias, esperando en que los puntos de acuerdo logran armonizar en procura del bien común. Esto es la base de la justicia, tanto en un plano individual como social. Su propia experiencia luego del retorno a Venezuela procedente de Chile en 1936, se vio confrontada con esos ideales, mientras que facciones en disputa, en medio de la tran-



MARIANO PICÓN SALAS / ARCHIVO EL NACIONAL

sición postdictadura, lo obligaron a replantear estas realidades que en el fondo eran y siguen siendo utopías.

La bial fue siempre un espacio abierto, sin líneas ni espacios de propaganda para determinadas tendencias políticas. Eso puede constatar en la programación de cada una de sus

“
A esta vocación abierta, universalista, obedeció el hecho de que la Bial de Literatura (...) tuviera su nombre como emblema”

ediciones. El evento, cónsono con el pensamiento ecuménico de Picón Salas, hizo honor a la universidad venezolana en general y en particular a la Universidad de Los Andes, en cuyo seno se gestó. Doña Delia Picón de Morles, hija única del escritor y consecuente colaboradora de la bial, nos confesó alguna vez que durante muchos años ella pensó que había un silencio injusto sobre la obra de su padre y alguien le había pedido comprensión, pues aquella obra se encontraba en un “cono de sombra”, y le decía que más temprano que tarde saldría de nuevo hacia la luz y ella veía en la bial ese reimpulso.

El pensamiento de Picón Salas y las nuevas lecturas de sus obras tuvieron siempre espacio en cada una de las ediciones de la bial. Picón Salas volvía en las evocaciones de viejos y nuevos lectores a su Mérida de antaño. Y así debería seguir siendo en el futuro, que su obra sea no solo un patrimonio de los venezolanos, sino de los hablantes de nuestra lengua; que podamos leer, estudiar, editar, dar a conocer su pensamiento, sin mezquindad. Algún día se juntarán sus obras completas, algún día se valorará aún más el aporte de ese venezolano lúcido para quien la idea de la cultura siempre fue la expresión de un consenso, que pasa por la integración y la armonía vital, así como la búsqueda de la belleza y la justicia.

Desde su obra inicial *Buscando el camino* (1920), que traza algunos de sus derroteros, hasta *Los malos salvajes* (1962), en el que reflexiona sobre los problemas del mundo contemporáneo bajo el tamiz de la Guerra Fría, cierra su ciclo vital volviendo al punto de partida, a su mirada a veces angustiada sobre el provenir de su país, en esa *Suma de Venezuela*, que ya no vería editada como libro, y que es también un balance, la síntesis de viejas preocupaciones sobre la república, que deviene una especie de omega de su pensamiento. Con ese sentido ecuménico, que debe ser el de la universidad venezolana, hoy en día sometida por la tiniebla, creemos que el pensamiento de Picón Salas seguirá siendo una fuente de conocimientos, de afirmación, de encuentro para un diálogo con el otro, por demás necesario y, sobre todo, una fuente de luz para la Venezuela que vendrá. ☺

Adolfo Castañón

El nombre de esta “Bial Mariano Picón Salas”, organizada en Mérida, trae a mi mente vivas memorias e intensas nostalgias, gratos recuerdos y reminiscencias de esa galaxia y “Venezuela íntima” que componen en mi galería afectiva un caleidoscopio. Digo sus nombres como quien dice los de una plegaria o una oración para abrir espacio adentro las bóvedas de la memoria y purificarla con sus cifras: Eugenio Montejo, José Manuel Briceño Guerrero –cuya silueta me inspiró la viñeta narrativa “El amo de los valles”–, Juan Nuño, Salvador Garmendia, Ramón Palomares, Caupolicán Ovalles, José Barroeta, Adriano González León, Armando Rojas Guardia, Rafael Cadenas, Victoria de Stefano, José Balza, Ednodio Quintero, Antonio López Ortega, Ma-



ADOLFO CASTAÑÓN / ©EDNODIO QUINTERO

ría Auxiliadora Álvarez, Rafael Castillo Zapata, Rafael Arráiz Lucca, Violeta Rojo, Katyna Henríquez, entre los que integran ese cortejo. Hace unos meses, ese narrador de inmemorial raza que es Ednodio Quintero, me hizo llegar un conjunto de fotografías que tomó con su cámara durante una de esas bienales:

ahí sonríen, al pie de un autobús en medio del alto páramo Alejandro Rossi y Olbeth Hansberg, conversan Juan Villoro y Rafael Humberto Durán, se pasean Hernán Lara Zavala y el suscrito Castañón... Supo Ednodio con ojo de cazador del instante significativo captar el gesto de Rossi y el ademán de Villoro, la mirada inteligente de R.H, el aire galán de Hernán, que logramos pasearnos un día de buen sol y escapar de las lluvias que suelen caer en aquella ciudad venezolana... La fotografía me trajo a la memoria la animada conversación que sostuvimos en ese para mi prodigioso día. Durante mucho tiempo, atesoré los cardos del frailejón paramero que me traje desde Venezuela como prendas probatorias de que aquello no había sido un sueño y de que alguna vez había estado en el solar nativo de Mariano Picón Salas dominado por el Pico Bolívar al que los mencionados –salvo los Rossi– logramos ascender en un vagón funicular.

ANIVERSARIO >> BIENAL MARIANO PICÓN SALAS

Treinta años de la Bienal de Mérida

EDNODIO QUINTERO

En 1980 fundé y dirigí la revista *SOLAR*, de Mérida, dedicada a divulgar las expresiones culturales de la región y abriéndose camino sin complejos hacia las manifestaciones del exterior. Conté con el apoyo solidario del Instituto Municipal de Cultura, dirigido por el eminente escultor Manuel de la Fuente y por Jesús Rondón Nucete, Alcalde de Mérida. Esta primera experiencia duró apenas un par de años. La retomé en 1990 y en esa ocasión se prolongó hasta 1994 con los mismos apoyos.

A la segunda etapa de *SOLAR*, de grata recordación, se sumaron en distintas fechas al equipo editor Julio E. Miranda, Armando Rojas Guardia y Nuni Sarmiento. Antes, a finales de 1987, había conocido a Diómedes Cordero, recién graduado en Letras por la ULA, que cursaba un Máster en Literatura Hispanoamericana en compañía de Gregory Zambrano, Piedad Londoño y Sobeida Núñez. Por un venturoso azar ellos cuatro, más el suscrito, nos convertimos a partir de 1991 en el núcleo fundamental de un proyecto que en sus inicios lucía utópico, del cual estamos celebrando los treinta años de su primera edición: la Bienal de Literatura Mariano Picón Salas.

La creación de la Bienal surgió de una conversación que sostuve con mi amigo Manuel de la Fuente en el mítico café Santa Rosa. Manuel había creado con indiscutible éxito la Bienal de Artes Plásticas, y sugirió *en passant* la posibilidad de crear una Bienal de Literatura. Diómedes, Piedad, Sobeida y Gregory se entusiasmaron con la idea y comenzamos a darle forma al proyecto. Manolo o Gregory, no lo recuerdo con precisión, sugirieron el nombre de Picón Salas, el meridiano universal y todos estuvimos de acuerdo.

No es mi propósito auto elogiarme en este dossier que da cuenta de manera parcial de los muchos logros alcanzados por la Bienal de Mérida a lo largo de sus nueve ediciones. Los invito a leer los veintiocho testimonios, los siete fragmentos de los discursos de orden de los siete Doctorados otorgados por la ULA por iniciativa de la Bienal, los fragmentos de las ocho Ars narrativas seleccionadas entre las veintitrés que ofrecieron los narradores de la II Bienal, el perfil que hace el doctor Gregory Zambrano de la figura de Mariano Picón Salas.

Sin embargo, debo destacar algunos puntos de los cuales el quinteto inicial y las personas que se incorporaron posteriormente al equipo de trabajo –Luis Moreno Villamediana, Víctor Bravo, Alejandro Padrón, Alexander Bustamante, Susana Marchán, Pedro Rangel Mora, entre otros– nos deberíamos sentir satisfechos y orgullosos.

A la cita de Mérida acudieron novelistas, cuentistas, poetas, investigadores, académicos, ensayistas, periodistas y fotógrafos de todos los países hispanoamericanos, de España, Francia, Estados Unidos y China. Revisando los programas de las nueve Bienales encontré que los asistentes suman la impresionante cifra de mil doscientos. Nombrarlos a todos convertiría el dossier en una performance minimal que recordaría la guía telefónica de NY.

Habrà que recordar que además de los que aparecen en los testimonios, los Doctores Honoris causa, los que nos ofrecen los fragmentos de sus Ars narrativas, los que integran la sección que hemos titulado “Galería”, por aquí pasaron importantes e imprescindibles personajes de nuestra lengua: Juan José Saer, Salvador Garmendia, Alejandro Rossi, Juan Liscano, Domingo Miliani, Noé Jitrik, José Manuel Briceño Guerrero, Julio Ortega, Héctor Abad Faciolince, Edgardo Rodríguez Juliá, Mario Bellatín, Manlio Argueta, Juan Calzadilla, Stefania Mosca, Héctor Libertella, Ana Enriqueta Terán, Alfredo Silva Estrada. Y el gran poeta Pepe Barroeta, quien fuera el presidente de la Fundación Casa de las Letras “Mariano Picón Salas”, organismo legal que desde 1994 nos permitió agilizar todos los trámites para el financiamiento de la Bienal. En la creación de la Fundación fue clave el apoyo de nuestro amigo Rafael Arráiz Lucca.

Es pertinente recordar que desde su primera edición la Bienal convocó un concurso de narrativa, ensayo y poesía, que además de una importante remuneración conllevaba la publicación por parte de Monte Ávila Editores de los libros ganadores. Y de esa manera se reconocieron las obras de algunos veteranos (Ana Teresa Torres, Carlos Noguera...) y se descubrieron nuevos valores (Miguel Ángel Campos, Luis Enrique Belmonte...).

La segunda Bienal (1993) tuvo una repercusión especial pues en ella coincidieron los más importantes narradores de América Latina y España, un total de veintitrés entre veteranos y otros que se destacarían en el futuro. Como un eco no menos significativo, César Aira, el crack de las letras argentinas, escribió una novela, *El congreso*

“A la cita de Mérida acudieron novelistas, cuentistas, poetas, investigadores, académicos, ensayistas, periodistas y fotógrafos de todos los países hispanoamericanos, de España, Francia, Estados Unidos y China. Revisando los programas de las nueve Bienales encontré que los asistentes suman la impresionante cifra de mil doscientos”



EDNODIO QUINTERO, GREGORY ZAMBRANO Y DIOMEDES CORDERO, 1991

de literatura, inspirada en su paso por la Bienal: fantasioso y desopilante relato cuya primera edición lleva el sello de la Bienal, que se ha convertido en la obra de Aira más divulgada en español y otros idiomas.

Capítulo especial merece la iniciativa de la Bienal en la concesión de los siete Doctorados Honoris causa otorgados por la ULA a cuatro poetas: Rafael Cadenas, Juan Sánchez Peláez, Ramón Palomares y Eugenio Montejo; dos narradores: Enrique Vila-Matas y Victoria de Stefano; y una señora figura del renacimiento: Simón Alberto Consalvi. Cabe destacar la predilección del doctor Vila-Matas por nuestra ciudad. Asistió a dos Bienales, y en 2001 cuando le otorgaron el Pre-

mio de Novela “Rómulo Gallegos” viajó a Mérida atendiendo una invitación de la ULA por un período de tres días y se quedó tres semanas, por su propia iniciativa, en compañía de su esposa, la encantadora y sin par Paula de Parma.

Honrar honra. Desde el principio contamos con el apoyo del gobierno regional, y en su época con la del Consejo Nacional para la Cultura (CONAC), y por encima de todo con la insoslayable solidaridad de la Universidad de los Andes. También con los esporádicos apoyos de algunos bancos (Banesco) y de la empresa privada (Econoinvest), destacando las generosas y puntuales colaboraciones a lo largo de las nueve ediciones de la Bienal por parte de la Fundación Bigott y

Agustín Fernández Mallo



AGUSTÍN FERNÁNDEZ MALLO / ©VASCO SZINETAR

Recuerdo haber llegado a Mérida en taxi, desde Caracas, 14 horas de viaje que no defraudaron; hubo de todo, incluso de madrugada quedarnos prácticamente sin gasolina al llegar al Collado del Cóndor, y verse la taxista obligada a pilotar en punto muerto gran parte de las vertiginosas cuestas que llegan a Mérida. El accidentado viaje mereció la pena, La Bienal no me defraudó. Encontré un ambiente en el que a los conocidos canales institucionales de propaganda cultural del Estado, más bien conservadores, se oponían críticamente sectores de una cultura que podemos definir como globalista y moderna; en consonancia con mi narrativa, inmediatamente me sentí afín a estos últimos. También fue una oportunidad para conocer escritores cuya obra seguía en diferido, como Sergio Chejfec, Ednodio Quintero, Mario Bellatín o Victoria De Stefano, con quienes desde entonces conservo una amistad, así como con otros como Marc Caellas, Pepe Ribas, Katyna Henríquez o Diómedes Cordero, y conocer jóvenes escritores cuyas ideas me interesaron como Willy Mckey o Jesús Ernesto Parra, quienes días más tarde presentarían mi novela *Nocilla Dream* en la fantástica librería El Buscón, de Caracas. En definitiva, un encuentro de intercambio de modos de escribir y objetivos literarios que convengo vivo y productivo en la memoria, tan solo a veces un poco empañado por el evidente control ejercido por el Estado, quien parecía querer topografiar todos y cada uno de nuestros movimientos.

Alejandro Padrón

Mariano Picón Salas, el prosista excelso de nuestra lengua, escribió un hermoso libro, *Viaje al amanecer*, un gran tributo a Mérida, su territorio y su ciudad natal.

Un conjunto de intelectuales creó la bienal para rendirle homenaje en su nombre a la literatura. Así como don Mariano lo hizo con su texto, la bienal emprendió un viaje hacia el amanecer para brindar espacios de encuentro y discusión sobre los temas de la literatura contemporánea. Se había logrado, con el apoyo de la Universidad de Los Andes y la empresa privada, generar ámbitos para festejar la creación y el intercambio de ideas entre los escritores, poetas, artistas y amigos. Ha sido un largo viaje no exento de obstáculos y contrariedades. La intolerancia y miopía de quienes han estrangulado financieramente a nuestras casas de estudio ha contribuido a la mengua de su sobrevivencia. Mérida estaba habituada a su bienal como la ciudad a su sierra nevada. Reconstruir el esplendor de esa gran fiesta de la cultura y de las letras, no es solo un deber sino una necesidad para persistir en la reflexión del pensamiento crítico y libre. Nacionales y extranjeros han dado brillo a esa institución y ha sido una experiencia mutua de intercambios fructíferos y relaciones duraderas. La proyección de la Bienal de Literatura Mariano Picón Salas no está en discusión, pero sí su futuro. Apostar por un *viaje al amanecer* y no por el vértigo del ocaso y la costumbre, pareciera ser una salida sensata.



ALEJANDRO PADRÓN / ©VASCO SZINETAR

Ana Teresa Torres



ANA TERESA TORRES, VÍCTOR BRAVO Y MILAGROS MATA GIL / ©VASCO SZINETAR

Cuando corrió la voz de que en Mérida se iba a inaugurar la Bienal de Literatura Mariano Picón Salas, que además proponía un premio de novela inédita, sin pensarlo mucho, como a veces hay que hacer las cosas importantes, para allá se fue el manuscrito de *Doña Inés contra el olvido*, que me trajo la alegría de ser la primera novela ganadora del certamen. Era 1991, hace 30 años. Más adelante, en 2005, fui invitada para una mesa-homenaje en la que participaron Luz Marina Rivas, Milagros Mata Gil y Rodrigo Blanco Calderón. Consigno esas fechas porque todavía en esos años, más allá de las dificultades que todos estos eventos enfrentan, la bienal de Mérida se seguía celebrando y todos esperábamos que continuara. No ocurrió así, pero tuvimos la fortuna de participar en uno de los grandes momentos literarios del país, no solo por la numerosa presencia de escritores, ni por la importancia de los premios, que también, sino porque consagró un lugar de encuentro de escritura y confraternidad inolvidable. Por dar un ejemplo personal, fue allí donde Carlos Noguera y yo pudimos sentarnos a conversar alrededor de unos vasos, y ponernos de acuerdo en que no estábamos de acuerdo. De resto, lo que me queda en el recuerdo es el bullicio, el zaperoco, el gentío ¿en el hotel La Pedregosa?, en un encuentro vivo que no se congelaba en el estilo académico y que esperamos todos que vuelva algún día.

ANIVERSARIO >> BIENAL MARIANO PICÓN SALAS

Antonio López Ortega



ANTONIO LÓPEZ ORTEGA / ©VASCO SZINETAR

En un pequeño apartamento que teníamos Nela y yo en La Urbina, hacia 1993, recuerdo haber recibido una sorpresiva visita: entraba por la estrecha puerta una delegación luminosa de escritores: Sergio Pitol, Enrique Vila-Matas, César Aira, Manglio Argueta, Sergio Chejfec, José María Espinasa, Hernán Lara Zavala, Edgardo Rodríguez Juliá, R.H. Moreno Durán, Armando Romero, Dick Gerdes y seguramente algunos más cuyos rostros se me escapan. A falta de suficientes sillas, terminamos sentados en el suelo, bebiendo y picando, hermanándonos entre anécdotas, juicios y risas. Todos veníamos de Mérida, de la segunda Bienal Picón Salas, buscando la conexión para volver a los países de origen, pero el entusiasmo de un reencuentro entre escritores hispanoamericanos seguía muy vivo, como si nos conociéramos desde siempre. ¿Qué significación tuvo la serie de bienales que se extendió por toda esa década has-

ta apagarse en los albores de este siglo? Yo diría que fue la reconstrucción de un mapa, el reconocimiento de nuestro continente verbal. Ya teníamos, por supuesto, una vigorosa herencia cultural, pero el bagaje nos servía para avizorar el futuro. Todos los narradores que se dieron a conocer posteriormente, con obras insoslayables, pasaron por la Bienal, dejaron sus ideas, expusieron sus argumentos, leyeron su *ars narrativa* y, sobre todo, sembraron relaciones afectivas que todavía se mantienen. El nivel del debate, el cariz de las discusiones, el vigor de los testimonios, son escenas difíciles de olvidar. Bajo el legado del gran pensador merideño, se repensó la literatura como no lo hacíamos, creo, desde la década de los 70. Entre cimas nevadas redescubrimos el tesoro que teníamos entre manos: con signos verbales llenábamos el firmamento y apostábamos, sin saberlo, a un futuro que terminó siendo nuestro.

Enza García Arreaza



ENZA GARCÍA ARREAZA / ©EDNODIO QUINTERO

Tenía 22 años cuando asistí a mi primera Bienal de Literatura Mariano Picón Salas. A veces sueño que regreso, ahora de 34, y me salvo de mi ingenua arrogancia, de mi desesperada manera de proclamar “ay, yo también soy escritora como ustedes, señoras y señores”. Ahora solo me preocupa dormir y no morir en el intento. Recuerdo que el futuro que imaginaba en medio de la noche fresca –del hotel a la Ballena Blanca, en un carro con Alberto Barrera Tyzka, Arturo Gutiérrez Plaza y María Ángeles Octavio– no era

este que me alcanzó en la distancia y la amargura. Recuerdo hablar con Miguel Gomes sobre la poesía de Eugenio Montejo y sobre cómo *Pnin*, y no *Lolita*, era la mejor novela de Nabokov. Recuerdo no tener ropa que ponerme ni plata para comprar un pinche libro. Recuerdo el bochorno de estar viva y que Vila-Matas me pasara por el lado. Recuerdo que existíamos más o menos juntos y que la ficción nos ofrecía el espejo más irrisorio, más noble, más despiadado. Y me asusta pensar que ya nunca se repetirá.

Ernesto Pérez Zúñiga

El mejor recuerdo de la Bienal es imposible: Ednodio Quintero a lomos de su caballo sube hacia el páramo. No sucedió ante mis ojos pero lo he visto tantas veces. Visitamos juntos los lagos después del homenaje a Enrique Vila Matas en la Universidad de Mérida. Los tres habíamos compartido una mesa redonda en la librería de Alejandro Padrón, la Ballena Blanca, que ya estaba recibiendo ataques de los totalitarios que apedrean libros. Llamamos a aquella mesa “La de las tres E”: Enrique, Ednodio, Ernesto. Había allí un amor total a una literatura que no quería ser otra cosa que ella misma. Tampoco el lago quería otra cosa que ser él mismo. Mirábamos el lago. Alma líquida antes del movimiento del mundo. Los caballos de Ednodio espera-

ban. El agua era importante. Había conocido a Lisbeth Salas, el primer día de la Bienal, en la piscina del hotel. Y, en el baño turco, cuando esperaba estar solo, encontré un hombre franco, que resultó ser Manuel Vilas. También era importante la montaña. Recuerdo ir a Jají con Silda Cordoliani, que tiene el corazón ya en el nombre. Nos llevaba un taxista cuya mujer, de una hermosura asombrosa, leyó una línea de mi destino en las runas celtas. Yo había viajado a Mérida recién casado con Beatriz Rodríguez, y aquellas runas nos avisaron de que íbamos a ser nada más y nada menos que buenos amigos. Las montañas hablaban mudas. Y los caballos de Ednodio Quintero arañaban, con sus herraduras, las pizarras.

César Aira



CÉSAR AIRA / ©EDNODIO QUINTERO

Mi primera vez en Mérida fue uno de esos momentos que pasados los años se recuerdan con cierta incredulidad: ¿realmente fue todo tan bueno, la ciudad, la Bienal, los amigos que me recibieron, la multiplicación de los poetas? ¿O lo está dorando y magnificando la memoria? Después de todo, yo era joven entonces, lo que hace que todo fuera naturalmente bueno. Además, si Freud tuvo razón y todo recuerdo es encubridor, este puede estar ahí solo para esconder algo inconfesable. Pero lo vuelvo a pensar y me rindo a la evidencia: objetivamente aquello fue fantástico, la más numerosa reunión de poetas que yo haya visto, y todos fue-

nos (porque, como decía uno de los anfitriones, “aquí hasta los malos son buenos”), y como si fuera poco novelistas y cuentistas y ensayistas, y los días de sol y las noches de conversación, nada de eso puede ser invención de la memoria: tuvo que ocurrir. En cuanto a describirlo en detalle, no creo que pueda. Me viene a la mente el final de la autobiografía de juventud de Stendhal, esa última página cuando el joven que era llegó a Milán y descubrió la felicidad: la prosa se disuelve en palabras sueltas, balbuceos, exclamaciones. En efecto, ¿qué se puede decir de esas cosas? El escritor, infatuado con su sintaxis, debe aceptar la derrota.

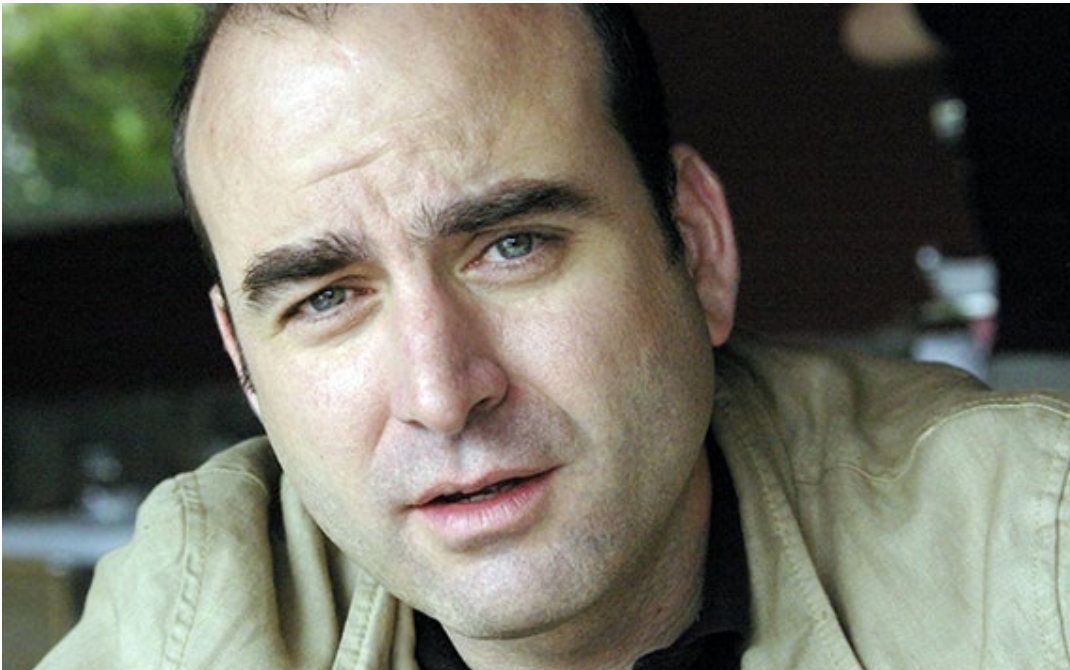
Enrique Vila-Matas



ENRIQUE VILA-MATAS / ©EDNODIO QUINTERO

Cuando en los años noventa, en 1993, después de un agitado primer viaje a México, fui invitado por Diómedes Cordero y Ednodio Quintero a la segunda Bienal Mariano Picón Salas de la Mérida venezolana, busqué información sobre la ciudad andina y aun recuerdo la impresión y el desconcierto que me causó leer furtivamente en una librería de Barcelona que en Mérida estaba el teleférico más alto y el más largo del mundo. Me quedaron muy grabados aquellos datos sobre el teleférico inacabable, como también iba a quedarme grabado el hecho de llegar a la Bienal y descubrir que no tendría habitación individual, sino que compartiría un *bungalow* con otros dos escritores, el amigo Sergio Pitol y un desconocido entonces para mí César

Aira. Allí en ese bungalow presencié cómo Pitol en la madrugada reía sin parar mientras leía ‘Cómo me hice monja’, de César Aira. A todo esto, en otros bungalows me dijeron que estaban –todo era misterioso para mí porque era nombres consolidados de escritores que no conocía– Juan Villoro, R.H. Moreno Durán, Sergio Chejfec, Pepe Barroeta, Salvador Garmendia... Fue un congreso importantísimo para mí porque marcó mis pasos en los siguientes años de mi vida: pasos estrechamente vinculados con las diferentes narrativas latinoamericanas: todas descubiertas de golpe en aquel viaje insólito. Recuerdo indestructible: todas las mañanas despertar en los Andes me creaba una sensación de extraña felicidad.



ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA / ©EDNODIO QUINTERO

ANIVERSARIO >> BIENAL MARIANO PICÓN SALAS



"EL CRUCE DE LAS BANDAS" / JORGE ANDRÉS PAPARONI BRUZUAL

Graciela Montaldo



GRACIELA MONTALDO / CORTESÍA DE LA AUTORA

La lógica-Bienal. Las bienales de Mérida fueron para mí el acontecimiento más esperado de la vida cultural venezolana. Eran lugares de encuentro con amigos y la oportunidad de compartir momentos con gente que solo conocíamos por lecturas. Si bien había una organización formal que, en términos generales, se cumplía (con paneles, conferencias, debates, premios) la estructura abierta y la generosidad de los organizadores permitía que un mundo paralelo se desarrollara. La doble vida existe siempre en los encuentros intelectuales, pero en Mérida, en el Prado Río, no había doble vida sino múltiples instancias de conexión. Estaba el comedor, la piscina, el bar, pero también toda la ciudad se ofrecía para explorar librerías, rincones, cafés, mitologías urbanas donde se compartían diversas experiencias. Quienes llegábamos de otras ciudades, de otros países, rápidamente entrábamos en la lógica-Bienal, en ese mundo-Mérida que nos ocupaba por completo y al que nos poníamos a disposición. Había grupos de discusión informal, había también grupo de inocentes conspiradores que enriquecían el clima un poco utópico de los encuentros con rumores y complots.

Buena parte de las discusiones eran estéticas. Pero había una fuerte carga política. No me refiero solo a las discusiones circunstanciales –constantes– sino al hecho mismo del evento, que marcaba una intervención de política cultural fuerte por parte de los organizadores. A través, generalmente, de corrientes subterráneas de discusión, creo que las bienales lograron instalar una agenda de problemas estéticos y culturales nuevos, que marcaron notoriamente la producción de aquellos años; instalaron su lógica.

Harold Alvarado Tenorio

A decir verdad, no recuerdo cuantas veces estuve en Mérida, desde los años cuando Pedro Paraima, entonces un abogado de prospectos, de apellido Martínez Quiñones, devoto de una muchacha de Popayán, donde nos conocimos, decidió llevarme, en su flamante Pontiac rojo, cuya cajuela estaba repleta de un vino brasileño, hasta la capital andina, donde vine a dar con el desprendimiento de Diomedes Cordero, desde entonces uno de mis más entrañables amigos. A él, y al narrador japonés Ednodio Quintero, debo el haber asistido en varias ocasiones a los espléndidos eventos que realizaron, más de una docena de veces, para recordar la obra de Mariano Picón Salas, el gran ensayista digno de Borges, Henríquez Ureña o Alfonso Reyes.

Para los escritores de mi generación y sin

Gustavo Guerrero



GUSTAVO GUERRERO / ©LISBETH SALAS

La Bienal Picón Salas tuvo, entre sus muchas virtudes, la de hacer explícita de una manera festiva y espléndida la posición de Mérida como una de nuestras capitales literarias durante la segunda mitad del siglo XX y hasta ya entrado el XXI. Ciudad de escritores, de lectores y de libros, Mérida y su gran cita de años alternos hacían posible que, a todo lo largo de una semana, uno pudiera conversar por las mañanas en el mercado con Héctor Abad o Juan Villoro, ver por las tardes a Ednodio Quintero, Julio Miranda o Pepe Barroeta, y asistir en la noche a la gala de un doctorado honoris causa en la ULA para Juan Sánchez Peláez, Eugenio Montejo y Rafael Cadenas. Tengo en mi estudio varias fotografías de mis participaciones en la Bienal entre 1995 y 2001 y guardo un recuerdo entrañable de la comunidad que se creaba alrededor del evento. Y es que no solo los públicos más diversos se reunían con curiosidad y fervor por la palabra escrita en esa fiesta de la literatura, sino que además los propios agentes del campo cultural venezolano (escritores, editores, universitarios, periodistas y libreros) mostraban sin esfuerzo, con una naturalidad que sorprendería a Villoro y otros invitados extranjeros, los consensos a los que había llegado el país en el respeto y el reconocimiento de las obras de unos y otros. Ese trato, como ya lo sabemos, se ha perdido. Pero valga este homenaje a la Bienal Picón Salas para recordar que existió y que Mérida fue uno de los lugares donde se hizo visible como uno de los rostros más nobles de Venezuela.

duda para aquellos del área andina, esas reuniones fueron definitivas en la formación y difusión de las obras posteriores. Por estos días he visto a César Aira recibiendo un premio que inventaron Carlos Barral y Jaime Gil de Biedma, que hizo que Borges fuera conocido en Europa en varios de sus idiomas. Aira, creo, que hace treinta o cuarenta años no era divulgado sino en Buenos Aires y conocido por un selecto grupo de lectores, tuvo en las reuniones merideñas la fortuna de conocer a muchos otros de sus pares y a periodistas que venían de otros ámbitos lingüísticos.

No voy a enumerar a cuántos escritores y artistas tuve la oportunidad de conocer en aquellas tenidas que hoy se recuerdan. Existe una maravillosa memoria fotográfica en la obra del polaco inglés Vasco Szinetar. Pe-

Gabriel Payares



GABRIEL PAYARES / ©EDNODIO QUINTERO

Fui invitado por primera vez a la Bienal Picón Salas en su edición de 2009: la misma en que Vila-Matas recibió el Doctorado Honoris Causa de la ULA. Yo había leído *El viaje vertical* y soñaba con mi propia versión de Federico Mayol, para un cuento que escribí el año siguiente y que titulé “Sudestada”. A Vila-Matas recuerdo habérmelo cruzado en los pasillos del hotel, muy brevemente, sin animarme a saludar ni interrumpir el paso firme, aunque discreto, que llevaba. Lo encontré mucho más alto que en las fotos y un tanto apingüinado, más bien un cóndor nacido en la geografía equivocada. En ese mismo viaje conocí a Ednodio Quintero y presencié su manera serpentina de hablar, como si cada oración brotase en medio de la

hojarasca. Allí le comenté mis deseos de escribir sobre Hiroshima y Nagasaki; acabé escribiendo más bien sobre él. También recuerdo que leyó el discurso de entrega del doctorado de Vila-Matas, y que empezaba con algo así como “Me llamo Enrique Vila-Matas”. Nadie podría confundir dos especímenes tan distintos, pero uno podría perfectamente ser personaje del otro. Y en esa misma bienal, además, conocí al británico Ian McEwan. Su novela más famosa, quiero decir, sacada de un anaquel y puesta en mis manos por Diomedes Cordero: “Léase esa vaina, poeta”. Así lo hice y todavía se lo agradezco. El libro quedó en Caracas cuando partí a Buenos Aires. No pierdo la esperanza de un día poder devolverlo.

Jorge Carrión



JORGE CARRIÓN / CASA AMÉRICA

Estuve dos veces en la Bienal Picón Salas de Mérida gracias a la generosidad de Diomedes Cordero, a quien conocí en Barcelona y me descubrió la literatura venezolana. De ambas experiencias recuerdo sobre todo, como siempre ocurre en estos casos, las conversaciones que se daban fuera de las tarimas y los escenarios. Un desayuno en el mercado con Sergio Chejfec, de quien acababa de leer fascinado *Baroni: un viaje*; una hamburguesa en McDonald’s con Manuel Vilas, que ya había publicado su famoso poema sobre el McDonald’s de Zaragoza pero todavía no *Ordessa*, antes de que Enrique Vi-

la-Matas fuera investido doctor honoris causa y Ednodio Quintero pronunciara un discurso samurái e inolvidable; o una conversación nocturna con unos jovencísimos Virginia Riquelme, Diajanida Hernández y Willy McKey (por poner solo tres ejemplos). La Bienal era un espacio cosmopolita, intergeneracional y cálido. Pero para entender su alcance había que escuchar las tertulias de La Ballena Blanca, la librería de Alejandro Padrón, donde durante los meses previos se planeaba el encuentro. La fuerza de la Bienal no era posible sin las lecturas constantes de quienes allí se reunían a diario.



HAROLD ALVARADO TENORIO / ©VASCO SZINETAR

ro, ¿cómo no mencionar el pudor, cruzado de una sardónica mirada, de Vila Matas; el afecto y lucidez de Juan Liscano; el dolor del exilio en el rostro de Pepe Prats; la inmensa humanidad y grandeza de Pepe Barroeta, el alucinado poeta que me hizo ver una madrugada, entre las brumas de los picos más altos del mundo, cómo es la vida más allá de la muerte; las visitas a Bailadores de la mano de Iván Vivas, entre cuyos numerosos contertulios aún veo y oigo a Douglas Bravo, que pregunta a Ramón Palomares cómo pudo escribir esa oda a un desgraciado; o la soberbia y pedantería inigualables de Moreno Durán; o el contrapunteo teñido de envidias de esos perros rabiosos del chavismo Enrique Hernández D’Jesús y Luis Britto García?.

Tantos maravillosos seres humanos y tanta amistad, escoriada por un puñado de miserables que pretenden suplantar, con inenarrables infamias, el pasado y el futuro de mi otra patria: Venezuela.

ANIVERSARIO >> BIENAL MARIANO PICÓN SALAS



VISTA PANORÁMICA DESDE LAS SIERRA NORTE (LA CULATA) / MARCOCRAMVNZ

Juan José Becerra

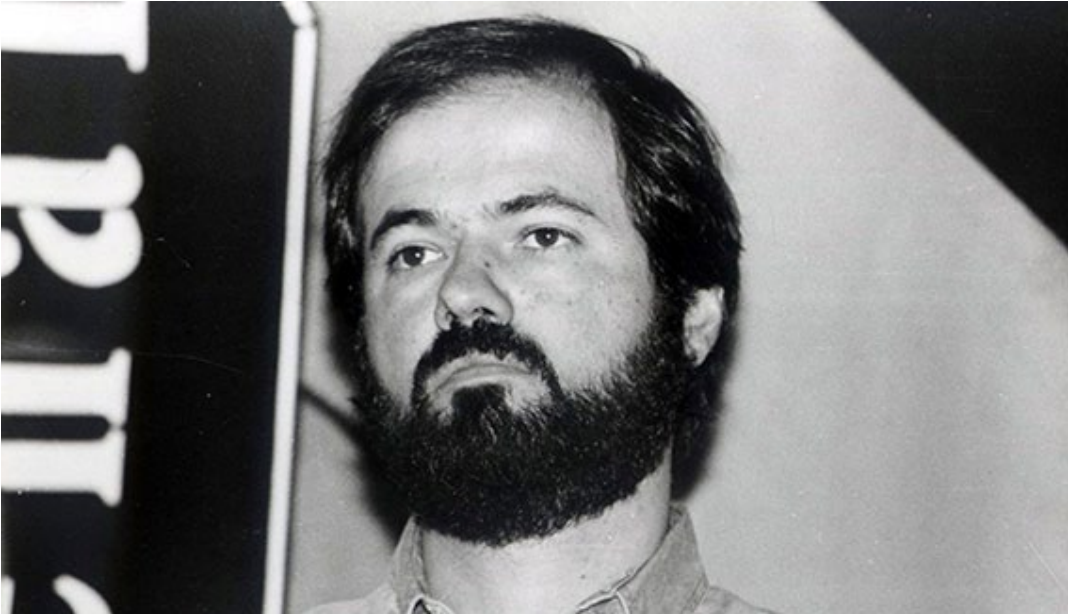


JUAN JOSE BECERRA / ©EDNODIO QUINTERO

Estuve en la Bienal de Mérida en 2006 y en 2012, dos momentos de una misma vez. Pero según el lector averiado de la memoria, en el que confío a muerte porque es el que le da literatura a la experiencia, la estadía fue *entre* 2006 y 2012. Si me esfuerzo veo, en la bruma de todas las mesas redondas de las que participé, una en la que se habló de violencia y yo, para variar, hablé de Osvaldo Lamborghini. Porque donde quiera que vaya, un escritor argentino solo habrá de hablar de otro escritor argentino, cuando no de sí mismo. ¿Pero qué son los escritores? En las bienales de Mérida, bestias sedientas del after de las

mesas redondas, que huyen del compromiso en busca de la vida en un precioso devenir. Es una costumbre universal, asumida con discreción (hay viáticos de por medio), la fuga de los escritores hacia las profundidades del extranjero. En ese paraíso conocí los frailejones del páramo de La Culata, bares, librerías, el juego de parchita, los empleos adecuados de la palabra “vaina”, el curso de la ciudad que corre como un río de montaña, y la hermandad indestructible con varias personas. Esa vigencia me emociona. Entretanto, al modo samurái, me preparo para mi tercera vez.

Juan Villoro



JUAN VILLORO / ©EDNODIO QUINTERO

La Bienal de Mérida me deparó asombros esenciales. En 1991, Alejandro Rossi, hombre de muchas patrias que vivía en México con pasaporte venezolano, me habló de un escritor que parecía inventado por Ernst Jünger, pues trabajaba como ingeniero forestal en Los Andes. Poco después, recibí una carta en la Ednodio Quintero, invitándome a una ciudad que se llamaba como la capital de Yucatán, donde nació mi madre: Mérida. Desde un principio, la nomenclatura decidió el viaje. Además de la firma de Ednodio, la carta llevaba las de Diómedes Cordero y Gregory Zambrano. *Nomen est omen* (“el nombre es destino”), decían los latinos. Para bautizar a sus personajes, Rulfo revisaba las lápidas de los cementerios y García Márquez los directorios telefónicos del Caribe. ¿Es posible rechazar una invitación firmada por Ednodio, Diómedes y Gregory? En 1991 conocí un país que solo había frecuentado en la literatura y en las conversaciones de los venezolanos de México. En la segunda Bienal, de 1993, conviví con significativos autores del idioma: César Aira, Edgardo Ro-

dríguez Juliá, Sergio Pitol, Jesús Díaz, Enrique Vila-Matas, R. H. Moreno Durán y otros. Si la primera visita fue un descubrimiento, la segunda tuvo un nivel que no encontré en ningún otro simposio. La tercera, celebrada en 2005, fue la más disfrutable, y es que para entonces las relaciones gremiales ya se habían convertido en una forma de la amistad. Me aficioné a beber “marroncito” mientras recorría las calles que desembocan en las nubes. Subí al páramo donde crece el frailejón, cuyas hojas de felpa amarilla revelan que la naturaleza concede piyamas para las noches frías. Supe de la existencia del dictamo real y de sus efectos alucinatorios, pero me conformé con la cerveza Polar, que propició un chiste filológico de Adolfo Castañón: “Esta cerveza no se exporta: se extrapola”. Pasaron muchas cosas más... Esa época, ese país y los que fuimos entonces hemos dejado de existir. Sin embargo, los árboles clasificados por Ednodio aún se agitan con el viento, como si sus hojas –inquietas, renovadas– recordaran lo que ahí se dijo.

Katyna Henríquez Consalvi

Son muchos los recuerdos que guardo de los magníficos encuentros de la Bienal Literaria Mariano Picón Salas en sus variadas ediciones a las que pude asistir, cuento quizás unas cuatro veces; las organizadas por tres grandes amigos Diómedes Cordero, Ednodio Quintero y Gregory Zambrano, quienes junto a un esmerado equipo de la Universidad de los Andes lograron reunir en cada encuentro lo más granado de la intelectualidad literaria del continente. Lugar especial en mi memoria los homenajes a Eugenio Montejo, Rafael Cadenas, Juan Sánchez Peláez, Ramón Palomares, Adriano González León, Simón Alberto Consalvi. Nostalgia de momentos imborrables compartidos entre intervenciones, paseos, incluida visita a mi casa merideña con Alejandro Rossi, Adolfo Castañón, Juan Villoro, Sergio Pitol, Chema Espinasa (mis cuates mexicanos); el *performático* Enrique Vila-Matas, Moreno Durán y tantos otros. Pero una instantánea especial y conmovedora quedó en mi memoria. El día que la conocí a Ella tras una larga amistad a distancia, entre correspondencias y colaboraciones para la revista *Imagen* desde Madrid, donde yo residía. Al expectante encuentro llevaba sin matices las anécdotas sobre su vida contadas por Salvador Garmendia y Elisa Lerner. Ella me espera en el hall del hotel Prado Río lugar donde transcurriría la Bienal. De cabello blanco e indiado, se levantó, me saludó caballerosamente, hay que decirlo, y me abrazó. Habló con voz dulce, casi en susurro, su acento andino: “Encantada Katyna, tanto tiempo y al fin nos conocemos. Este es el poema que te prometí”. Su nombre Esdras Parra.

Luis Pérez-Oramas



LUIS PÉREZ-ORAMAS / ©EDNODIO QUINTERO

Llegué a Mérida tras un puñado de años en Europa. Allá impartía clases en húmedas universidades bretonas, en los bordes del Loira o bajo los castaños del Garona, pero solo pensaba en cómo suenan las tardes de guacamayas en El Ávila. De Mérida recuerdo el reencuentro con los amigos, aventurosos compañeros de *Tráfico* y *Guaire*. Lei un escrito sobre las aporías del juicio estético, a la luz de una defensa de las artes visuales emancipadas de la regulación letrada. Me debatía en lucha cuerpo a cuerpo, y acaso fantasiosa, con la idea de que en Venezuela, en su academia, prevalecía una tiranía literaria sobre el entendimiento de lo visual. En aquella III Bienal Picón Salas inicié un *ritornello* que me llevaría sin descanso a Reverón, siguiendo la estela de la Ninfa de Manet rodeada de pretendientes oscuros en el almuerzo desnudo, y encontrándome al abrigo en el espacio mudo de la imagen, ante el cazador Narciso que muere en su reflejo y la ninfa Eco que habla con piedra en la palabra. No he hecho desde entonces otra cosa que alargar en digresiones, síncope, saltos, lazos y espejismos las palabras de ese texto. Llegué a mí en esas líneas torpes. Ednodio Quintero me envía una imagen de quien fui en aquel encuentro: me veo allí en mi ceranía, y también muy lejos. Quizás soy otro; no cesamos de serlo. Pero regresé a Venezuela ese día, y muy lejos del mar que me había traído fue Mérida mi puerto.



KATYNA HENRÍQUEZ CONSALVI / ©ÓSCAR CHAPARRO

Luz Marina Rivas



LUZ MARINA RIVAS / ©EDNODIO QUINTERO

Asistí a varias bienales y se me entrecruzan muchos recuerdos: la hospitalidad de sus organizadores, las imágenes de los rostros sonrientes de Víctor Bravo, Gregory Zambrano, Ednodio Quintero, Carmen Díaz y la maravillosa Susana Marchán, ocupándose de tantos complejos asuntos de logística. Mi última Bienal fue la octava, en 2009, que reunía a escritores consagrados y jóvenes promesas. El recuerdo especial viene de Ednodio Quintero, narrador extraordinario devenido en fotógrafo. Carlos Pacheco, mi esposo, y yo estábamos sentados en el lobby del hotel. Ednodio se acercó y nos pidió permitirle que nos tomara unas fotografías, un honor inesperado. Nos reímos y él hizo varios disparos con su cámara. Nos contó de su pasión por la fotografía y nos regaló un libro de postales fotográficas tomadas por él: *Los rostros ocultos de un narrador*. La fotografía es un arte que me seduce. Quedé fascinada no solo por los retratos de los escritores, amigos y familiares, todos en *close up*, que componen el libro, sino por los títulos que Ednodio da a las fotos, que sintetizan poéticamente el contenido de cada una. Ednodio logra captar el alma de cada personaje y traducirla en palabras. Me conmovió la imagen infantil y pícaro de “Ariadna y su sonrisa de domadora de duendes”, seguida de la profunda mirada de un anciano: “Marcos Bastidas, señor de la montaña”. Atesoro la fotografía que me tomó Ednodio, la mejor que me han tomado en la vida.

ANIVERSARIO >> BIENAL MARIANO PICÓN SALAS

Malena Sánchez Peláez



MALENA Y JUAN SÁNCHEZ PELÁEZ / ©VASCO SZINETAR

Viajar a Mérida fue siempre un acontecimiento importante para Juan y para mí. Y más aún el año 2001 cuando Juan, Rafael Cadenas y Ramón Palomares iban a recibir el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Los Andes. Una calidez especial se fue remontando durante aquel acto; primero, ante la presentación de los tres poetas, que estuvo a cargo de Patricia Guzmán, y luego cuando tomó la palabra Ramón Palomares. El entusiasmo del público era evidente. Allí veíamos a muchos escritores nuestros y a varios venidos de otra parte. Y quiero referir una pequeña anécdota del narrador argentino Juan José Saer. Cuando, terminado el acto nos dirigimos a la puerta de salida, estaba cayendo un “palo de agua” y lo veo acercarse a Juan,

presentarse, quitarse el impermeable y ofrecérselo para que cruzara a salvo hacia el salón de enfrente donde pudieran conversar un buen rato. Fue un gran placer para Juan conocerlo y así lo comentó después con Victoria de Stefano que compartió con creces ese sentimiento. Mis felicitaciones a Ednodio Quintero y a Diómedes Cordero, y a sus colaboradores, por estos treinta años de organizar cada Bienal con tanta eficiencia y amor a las Letras. Y decirles que para mí fue un honor que me invitaran, ya muerto Juan, a las tres bienales anteriores al año 2010 en que me tuve que venir a Buenos Aires después de 40 años de vivir en Venezuela, los más felices de mi vida. Hoy, con 88 años los abrazo, agradecida.

Miguel Ángel Campos



MIGUEL ÁNGEL CAMPOS / ©EDNODIO QUINTERO

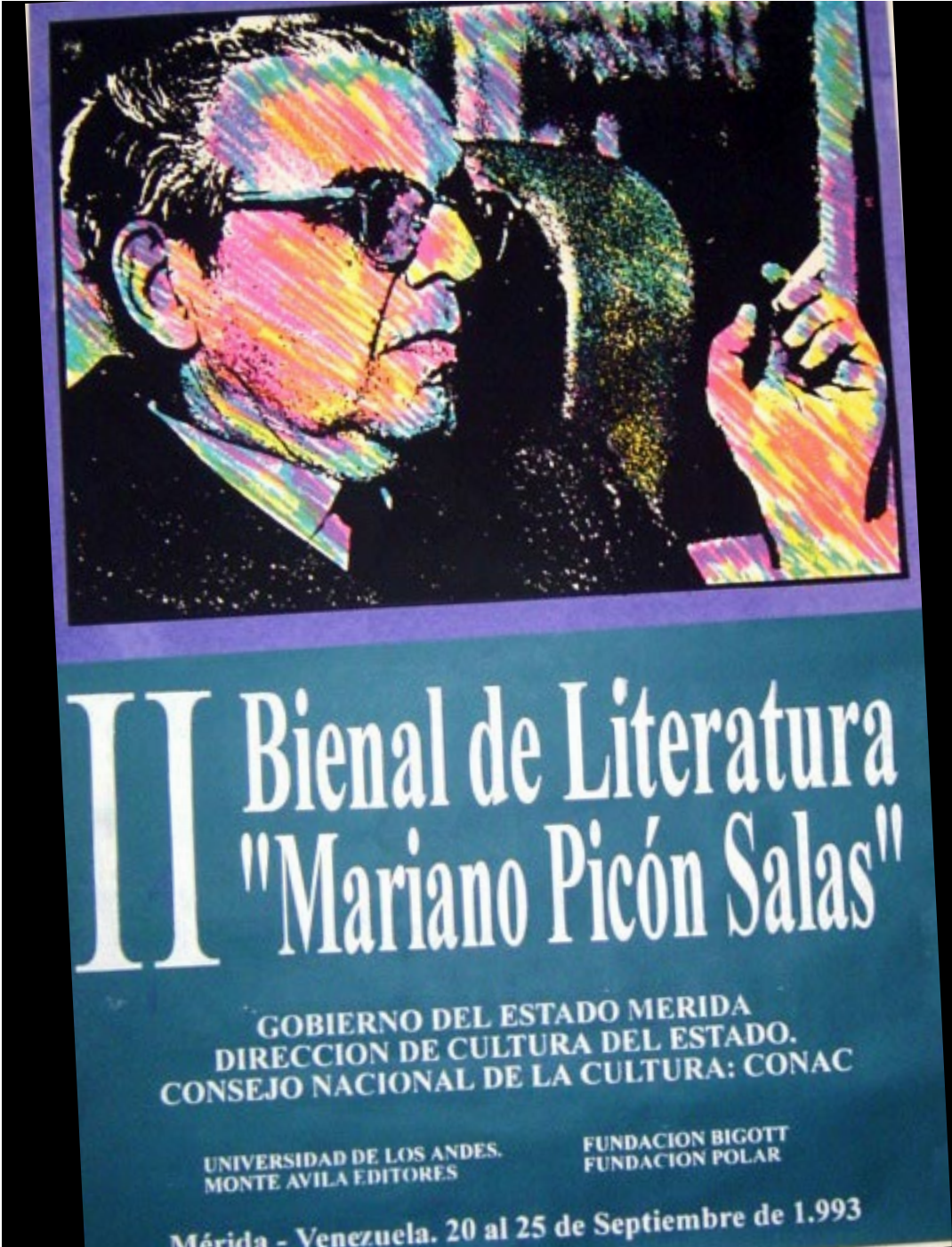
La inauguración de la I Bienal de Literatura “Mariano Picón Salas” (Mérida, noviembre, 1991), de alguna manera representó la madurez de los procesos públicos de la literatura venezolana. Instituciones y escritores nunca antes estuvieron tan afilados a un sentido de la representación, la academia universitaria, la empresa editorial, el periodismo mismo conoció un estilo de compromiso tal vez no visto antes. La presencia de aquellos escritores de obra juzgada, nombres caracterizadores, aquellos a mitad de camino, le dio un sentido profesional a la actividad de grupos dispersos. Y, como bautizo, estaban quienes empezaban una carrera de escritor. La Bienal sirvió de escenario, convocatoria y amparo. También funcionó como catalizador de entusiasmos, siempre necesario en un medio sin regusto por la vida intelectual. Desde los lejanos días de la primera edición del Premio de novela Rómulo Gallegos no se veía en Venezuela un tránsito nutrido de escritores del continente, aquello fue una eclosión, y so-

bre todo una conjunción merideña de voluntades y tradición. Muchos de los libros premiados en el concurso son ya títulos distinguidos de nuestro catálogo literario, el rápido prestigio la hizo atractiva para las instituciones, estaba lejos de ser un espectáculo saudita, pero sus invitados eran atendidos con decoro. Mérida llegaba a ser una ciudad con un país por dentro. En algún momento de los discursos un funcionario tal vez apresurado dijo: “cuando yo inventé la Bienal...”. Y no era tal sino redescubrimiento de una aptitud, el justo acuerdo del pensamiento. Aquellos organizadores eran un grupo élite, de alta eficiencia, recuerdo como hoy mi primer almuerzo en “El Paladar”, y sin duda el café consagrado del “Santa Rosa”: Ednodio Quintero, Diomedes Cordero, Gregory Zambrano, Piedad Londoño, Sobelda Núñez, la rotunda Susana Marchán. Julio Miranda, invitado, concursante, animador, se quedó para siempre en Mérida, resultaba un lujo de anfitrión.

Miguel Gomes

La reflexión sobre los lugares de la escritura unificó la Bienal Picón Salas de 2009, en la que participé. Cuando recuerdo aquel tema no deja de parecerme estremecedor y clarividente, por el acelerado crecimiento ulterior de la emigración venezolana, con cifras hoy de millones de personas. Entre aquellos que se han dispersado figuran muchos escritores a quienes las circunstancias empujaron al cambio de *hogar* –palabra a la que acudo en un sentido restringido y en uno amplio, que se confunde con la noción de *país*. Si bien otros lugares se ganan o podrían hacerlo, el hallazgo de un nuevo hogar no subsana la pérdida del previo. Los espacios humanos no se sustituyen unos a otros; jamás son equivalentes. El transtierro supone “labores del duelo”

donde la memoria erige puentes. En la mía, la Bienal se preserva como un ritual que consolidó el sentido de comunidad en círculos pensantes que se veían progresivamente expulsados de los recintos tradicionales de la cultura nacional. Cada dos años Mérida congregó generaciones diferentes; cofradías de poetas, narradores y estudiosos de la literatura no siempre en contacto directo; venezolanos todavía en el país y los que llevábamos decenios residiendo en el exterior. Autores locales y extranjeros pudieron dialogar con facilidad entre ellos o con editores. Esa comunidad sigue inscrita en mis ideas y mis afectos, pero también en mi esperanza: lo que fue la Bienal ofrece un modelo inmejorable para la reconstrucción que nos aguarda.



Rafael Cadenas



RAFAEL CADENAS / ©EDNODIO QUINTERO

A fines de este año cumple tres décadas la Bienal Mariano Picón Salas de Mérida, ciudad hidalga, en cuya universidad, por cierto, estuve a punto de estudiar. Recuerdo que donde entonces vivía se la llamaba “la ciudad de los caballeros”, por la gallardía de su gente. Hoy evocamos una de sus proezas: la Bienal. Su aniversario hemos de celebrarlo sobre todo los amadores de la literatura que todavía existen, pues ella fue un espacio donde escritores de aquí y de otros países podían conocerse, dialogar y mostrar lo que hacían, con una libertad que echa-

mos de menos. La Bienal es parte imborrable de la historia de nuestra cultura, merece pues sobradamente esta rememoración. Es también una oportunidad para expresarle mi agradecimiento por todo cuanto le debo. Finalmente, recordemos que la universidad en el mundo es la barrera frente a la barbarie que acecha en todos los países. Ya en varios los totalitarismos han destruido la democracia, y con ella las universidades que se tenían por invulnerables, no sin cierta ingenuidad. Ingenuidad que ha dado pie a estragos en otros ámbitos.



MIGUEL GOMES / ©MANUEL SARDÁ

ANIVERSARIO >> BIENAL MARIANO PICÓN SALAS

Ryukichi Terao



RYUKICHI TERAO / ©EDNODIO QUINTERO

Las amistades que se entablan en los congresos de literatura son efímeras y se esfuman al poco tiempo en medio de los quehaceres diarios. Conocí muchos escritores y literatos en la Bienal de Literatura Mariano Picón Salas de 2007, pero solo con unos cuantos de ellos he cambiado siquiera un e-mail y con muy pocos me he vuelto a ver. Aun así, uno solo de esos pocos me ha valido una fortuna, que justificó para mí el gran evento literario, al cual tantos amigos de mi amada Mérida, sobre todo de la Universidad de Los Andes, habían dedicado tiempo y esfuerzo con empeño: me refiero al escritor argentino Sergio Chejfec, con quien compartí una mesa redonda de la Bienal. Antes lo había visto en foto y sabía quién era, gracias a mi estimado amigo Ednodio Quintero, que había pasado el año anterior en Japón, pero era la primera vez que lo veía en persona. No me acuerdo de lo que habló Sergio en su ponencia, solo recuerdo que me cayó bien, pero a decir verdad no esperaba verlo de nuevo en un futuro cercano, pues él era residente de Nueva York y yo de Tokio. La grata sorpresa sobrevino la semana siguiente en Caracas cuando se me ocurrió buscar libros en la librería adjunta al Teatro Teresa Carreño. Me llamó la atención algo brillante flotando en medio de las estanterías y enseguida me di cuenta de que era él, Sergio Chejfec. Fuimos a una cafetería y conversamos un rato. Pasaron seis años sin que nos escribiéramos siquiera, y nuestra amistad estaba naufragando, cuando tomé un año sabático en Madrid a partir de marzo del 2014. Al día siguiente de mi llegada se me ocurrió ir a la librería Tipos Infames, recomendada por el escritor español, jabalí (igual que Ednodio y yo), Ernesto Pérez Zúñiga, y no más entrar lo primero que vi, vaya sorpresa, fue el rostro brillante, que brillaba aún más por efecto del rioja, de Sergio Chejfec, conversando con el escritor cubano, Antonio José Ponte. Sergio acababa de publicar un libro suyo con la editorial Candaya de Barcelona, y al día siguiente iba a tener una charla en la misma librería con Antonio José. Me anoté enseguida y, terminado el evento, fuimos los tres a tomar unos tragos en un bar mafioso, donde le suministré a Sergio un pequeño dato demográfico que iba a tener una consecuencia inesperada: que la población japonesa en el año 3000 se vería reducida a 27 personas. Se quedó tan impresionado y obsecionado por la idea de la extinción inminente del milenario pueblo japonés, que, cuatro años después, en mayo de 2018, se apresuró a visitar Japón con su esposa, Graciela Montaldo. Fuimos a pasear por la ribera del río Meguro, donde siete años antes Ednodio había llorado ficticiamente, y luego brindamos con sake para afirmar la cadena de amistades que se había extendido hasta Tokio, vía Caracas y Madrid. En estado de grata embriaguez saboreamos un hecho irrefutable en presencia del legendario merideño bigotudo residente en Chiba, Gregory Zambrano: que el primer eslabón de esa cadena que continuará extendiéndose quién sabe hasta dónde ni hasta cuándo fue la Bienal de Literatura Mariano Picón Salas.

Yolanda Pantin

He sido muy feliz en Mérida. Ednodio me recordó la vez que fui con Blanca Strepponi y una amiga a hacer un recorrido por los Pueblos del Sur, y él nos prestó su apartamento desde donde, según me dijo, vimos arder una palmera. No guardo recuerdos puntuales de las veces que participé en la Bienal, si leí o no poemas, si lo hice sola o acompañada, o si presenté una ponencia. Sí recuerdo que una de las veces



PICO BOLÍVAR / ARCHIVO

Victoria De Stefano



VICTORIA DE STEFANO / ©VASCO SZINETAR

En el 2001 estuve por primera vez en la Bienal Mariano Picón Salas de Mérida. En un acto de memorable valor cívico, calificado como de “justicia poética” por Ednodio Quintero y por mí de “nunca visto antes”, en esa V edición recibieron el doctorado Honoris Causa nuestros tres mayores poetas, Juan Sánchez Peláez, Ramón Palomares y Rafael Cadenas, haciendo honor a la tradición humanista de La Universidad de los Andes y de su maestro y mentor literario. En el 2007 le fue concedido a Eugenio Montejo, en el 2012 recayó en mí, con mi eterna gratitud al decano Alfredo Angulo, a los profesores y a las palabras del poeta y ensayista Arturo Gutiérrez Plaza. En el 2009 lo recibió Enrique Vila-Matas, de siempre unido a la Universidad con un apego especial. Debí asistir a cuatro o cinco Bienales, que fueron una fiesta impagable, un gran disfrute. Los escritores necesitamos estar entre escritores, conocernos,

vincularnos. En ese particular la Bienal fue una oportunidad de oro, conocimos a nuestros escritores, además de los provenientes de otros países. Creo que ese formato estrictamente literario, sin distinción de géneros, como debe ser, debería constituirse en modelo patentado para otras Bienales, encuentros literarios, etc., de poder recuperar aquellos dorados viejos tiempos. En la Bienal conocí de entrada a Miguel Ángel Campos, a Gregory Zambrano, a quienes había leído, volví encontrar a Rowena Hill, al gran Diómedes Cordero, a Pepe Barroeta. Pude compartir con Juan Villoro, Alan Pauls, Enrique Vila-Mata. El encuentro más inolvidable, gracias a Sergio Chejfec, quien me sirvió de guía en mis lecturas argentinas, fue con Juan José Saer. Tuvimos dos largas conversaciones, de las que aprendí mucho, como mucho aprendí de sus novelas, cuentos, ensayos, que nunca me cansaré de leer.



YOLANDA PANTIN / ©VASCO SZINETAR

coincidió con mi hermana Blanca, y en el mercado cercano a la sede donde se celebraba la Bienal (¿cómo se llamaba el hotel?), desayunamos, y luego dimos una vuelta para ver la mercancía en los puestos, y Quele me regaló un ángel de la guarda montado sobre una nube, y arropado con un manto azul cielo. Mi natural escurridizo y la timidez, me impidieron compartir con los escritores invitados pero recuerdo la presencia en los distintos grupos, sobre todo, de Sergio Pitol. No olvidaré nunca la alegría que me produjo escuchar la conferencia de César Aira sobre la idea de escribir “huyen-

Sergio Chejfec



SERGIO CHEJFEC / ©EDNODIO QUINTERO

Si uno se pone a ver los relojes, se impone la pregunta sobre si las cosas en Venezuela ocurren antes o después que en el resto del continente. A comienzos de los 90 arrancó la primera Bienal Mariano Picón Salas, prohijada por la ULA y contados intelectuales merideños, y aquella pregunta sobre la temporalidad de las circunstancias venezolanas confirma su pertinencia: ¿exhalación corporizada del boom de los años 60?; ¿preámbulo de la era de festivales literarios que la pandemia interrumpió? Creo que la pregunta vale como interrogación vigente. Por esa época yo había empezado a publicar y comenzaba a vivir en Caracas. La hospitalidad de la Bienal fue tan importante como esos primeros títulos. En cierto modo me proveyó de un código de identidad literaria, porque si bien no tuve la suerte de publicar en Venezuela, siempre sentí la pertenencia a la Bienal como una generosa e inmerecida compensación. Me gustaba imaginar el caso de un escritor espectral, borroso e irreconocible en la niebla del páramo, autor de libros ignotos y a lo mejor incorpóreos, que aún con esos escasos y a la vez inciertos emblemas era recibido como uno más, para invitarlo a una particular dimensión de la geopolítica literaria y del bochínche letrado. En otras columnas aparecerán los nombres de los confabulados y de los cooptados. A lo mejor, también de los insumisos y de los que quedaron por el camino. En todo caso y más allá de mi más hondo agradecimiento, tiendo a recordar eso que llamo “Bienal” en términos del gregario elástico de afectos que afloró como una de las más extrañas y generosas aventuras culturales de las últimas décadas.

do hacia delante”. ¡Qué invitación la de Aira! La última vez que participé en la Bienal fue hace no tantos pero suficientes años... Como el aeropuerto de la ciudad de Mérida estaba cerrado, el viaje se hacía desde y hasta El Vigía subiendo a la capital andina o bajando hacia la costa del lago de Maracaibo, según fuera. *Los poetas cuando viajan*, dice el verso de Rafael Castillo. Recuerdo la complicidad y las risas mientras esperábamos el vuelo de regreso a Caracas. Luego el cuerpo literario del país fue “tasajeado”, una parte aquí y otra allá, y unos años después vino la desbandada.

ANIVERSARIO >> BIENAL MARIANO PICÓN SALAS



FACULTAD DE HUMANIDADES ULA, EDIF. MARIANO PICÓN SALAS / ARCHIVO

Jesús Díaz: El lugar imposible. Fragmentos

Mis secretas intenciones:
A propósito de *Las palabras perdidas*

Mi intención fue la de escribir una novela total. A través de ella pretendía reírme, rescatar a un amigo que se me había muerto entre las manos, librarme del peso de mis padres literarios, dar cuenta de algunos mecanismos del proceso de creación, de la agónica cotidianeidad cubana, del esplendor y la muerte de la ciudad de La Habana y de los sinuosos mecanismos de la censura de la Isla.

★

Por “novela total” entiendo aquella que incluya todos los géneros literarios —poesía, cuento, ensayo, biografía y periodismo—, y que lo haga de una manera orgánica, necesaria al desarrollo de la trama, no en forma de antología o cajón de sastre. [...] Reivindico la inclusión de la tertulia y la censura, así como las condiciones de producción y reproducción de la literatura que constituye el propio texto.

★

Pero todo lo escrito hasta aquí es demasiado serio y la verdad es que como ya dije yo quería reírme y que mis futuros lectores también lo hicieran. Porque la risa fue una constante en medio de las tribulaciones de mi juventud y además porque la literatura que más amo —Cervantes, Twain, Borges— asume el humor como una divisa. Confieso que reírme mientras la escribía no me fue difícil. El humor de *Las palabras perdidas*, es decir, los materiales que me suministró la memoria y a partir de los cuales trabajé la novela testimoniaban aquella capacidad de reír que aún caracteriza a mi generación. Como botón de muestra transcribiré el epítafio con que los personajes “matan” al Gran Narrador en el texto:

Anuncia el cementerio de La Habana que deben apurarse para ver el cadáver de Alejo Carpentier.
¡Vuelve a París la próxima semana!



JESÚS DÍAZ / ARCHIVO

★

No incluyo la respuesta del Maestro, pero adelanto que tanto él como mis otros “muertos” —Lezama, Guillén, Diego y Piñera—, prueban en el texto que gozan de una eterna salud literaria.

★

No sé si habré logrado mis objetivos, ni siquiera si debí haber escrito estas líneas. Después de todo, las intenciones de un autor sobre su obra no importan más que las de cualquier hijo de vecino. Como dijera Borges, “¿Qué quiere usted que le diga sobre este cuento? Yo no hice más que escribirlo.”

Esdras Parra: Experiencia misterio. Fragmentos

Para mí, la creación literaria, y ahora trato de incluir en ese término el arte en general, es un suceso inapresable.

★

Creo que uno escribe porque así debe ser, a despecho de uno mismo, contra todo orden y circunstancia y que muchas veces la misma trayectoria de ese hecho puede verse afectada por elementos ajenos a él; pero aún así, la semilla se advierte, está allí, brote o no, y el ser humano, es decir, el escritor, no parece tener nada que ver con su nacimiento. Me doy cuenta también de la simplicidad de estas afirmaciones. Me imagino, en todo caso, que uno no puede hablar sino de uno mismo y que el creador siempre estará solo ante el material de su creación. El artista no puede crear sino dentro de esa soledad, que, a la larga logra convertirse en la circunstancia necesaria para la creación misma, para que ella se dé con entera libertad.

★

No creo por lo tanto sino en el artista individual que trata de expresar su asombro ante el mundo, y que su nexo con el tiempo es un cordón muy frágil siempre a punto de romperse merced a la ansiedad de hacerlo más sólido y duradero. Creo que el tema de toda obra creadora es una reflexión sobre el fracaso que se cierne inevitablemente sobre la obra; que quizás no se cierne solo sobre la obra, y la realidad de ese hecho es el individuo mismo, es decir, es el creador, quien debe aprovechar y gozar del resultado sin preguntarse jamás el por qué, por el origen o por la forma en que eso adviene en él.

Enrique Vila-Matas: Recuerdos inventados. Fragmentos

1. Recuerdo que en mi viaje a las Azores entré en el *Peter’s bar* de Horta, un café frecuentado por los balleneros, cerca del club náutico: algo intermedio entre una taberna, lugar de encuentro, agencia de información y oficina postal. El *Peter’s* ha terminado por ser el destinatario de mensajes precarios y venturosos que de otra forma no tendrían otra dirección. Del tablón de madera del *Peter’s* penden notas, telegramas, cartas a la espera de que alguien venga a reclamarlas. En ese tablón encontré yo una misteriosa sucesión de notas, de mensajes, de voces que parecían guardar una estrecha relación entre ellas por proceder del mundo de los pequeños equívocos sin importancia de Antonio Tabucchi: voces que parecían homenajearle viajando en común, viajando con una caravana imaginaria de recuerdos inventados: voces traídas por algo, imposible decir por qué. Pero a las que no dudo en convocar aquí de nuevo.

2. Voy delante de esa expedición que todos hemos soñado alguna vez y entre mis recuerdos, está el haber pensado, un día, que en cierta medida la literatura es como el mensaje de la botella (o como los mensajes de este tablón de taberna)

pues también depende de un receptor, ya que así como sabemos que alguien, una persona indefinida leerá nuestro mensaje de naufragos, también sabemos que alguien leerá nuestro escrito literario, un alguien que más que destinatario será cómplice, en la medida en que habrá de ser él quien le confiera sentido a lo escrito. Eso es lo que permite que cada mensaje tenga siempre añadidos, nuevos significados; que los mensajes crezcan, cobren resonancia. Y es eso, precisamente, lo extraño y fascinante de la literatura: el hecho de que no sea un organismo estático sino algo que en cada lectura sufre mutaciones, algo que constantemente se modifica.

7. Me llamo Sergio Pitrol y pienso, cuando leo a Tabucchi, en ciertos paisajes de la pintura metafísica italiana en que todo es muy nítido, muy exacto, muy certero, y al mismo tiempo definitivamente irreal.

22. Tomo la palabra para decir que me acuerdo de Zatopek. También me acuerdo mucho de Georges Perec, que escribió un libro que se titulaba *Je me souviens* y en el que ninguno de los recuerdos era inventado.

César Aira: Prudencia de escribir. Fragmentos

En mi caso se trata menos de un arte de la narración que de un arte a secas. Nunca me importó relatar, ni en general hacer nada que espere el lector; mis libros son novelas por accidente; aproveché el azar histórico (salvo que este no es un azar accidental) de que en nuestro tiempo la palabra “novela” es un *passepapout* que lo cubre casi todo. Mi ideal son libros como *Una temporada en el infierno*, *Los Cantos de Maldoror*, *La Divina Comedia* o *El libro de la almohada*, a todos los cuales no tenemos inconvenientes en rotular como “novelas” hoy en día.

★

Mi modo de vivir y de escribir se ha ajustado siempre a ese denigrado procedimiento de la “huida hacia adelante”. Eso es una fatalidad de carácter, a la que me resigné hace mucho, y sucede que en la novela encontré su medio perfecto. Con la novela, de lo que se trata, cuando uno no se propone meramente producir novelas como todas las novelas, es de *seguir* escribiendo, de que no se acabe en la segunda página, o en la tercera, lo que tenemos que escribir. Descubrí que si uno hace las cosas bien, todo puede terminarse demasiado pronto; al menos pueden terminarse las ganas de seguir, el motivo o estímulo válido, dejando en su lugar una inercia mecánica. De modo que haciéndolo no tan bien

(o mejor haciéndolo mal) quedaba una razón genuina para seguir adelante; justificar o redimir con lo que escribo hoy lo que escribí ayer. Hacer un capítulo dos que sea la razón de ser de las flaquezas del capítulo uno, y dejar que las del capítulo dos las arregle el tres... Mi estilo de “huida hacia adelante”, mi pereza, mi procrastinación, me hacen preferible este método al de volver atrás y corregir; he llegado a no corregir nada, a dejar todo tal como sale, a la completa improvisación definitiva. Más que eso: encontré en este procedimiento el modo de escribir novelas, novelas que avanzan en espiral; volviendo atrás sin volver, avanzando siempre, identificadas con un tiempo orgánico... Novelas biónicas, mutantes... [...] Directamente empieza a parecerse a la realidad. Y lo mejor es que después vendrá el capítulo cuatro...

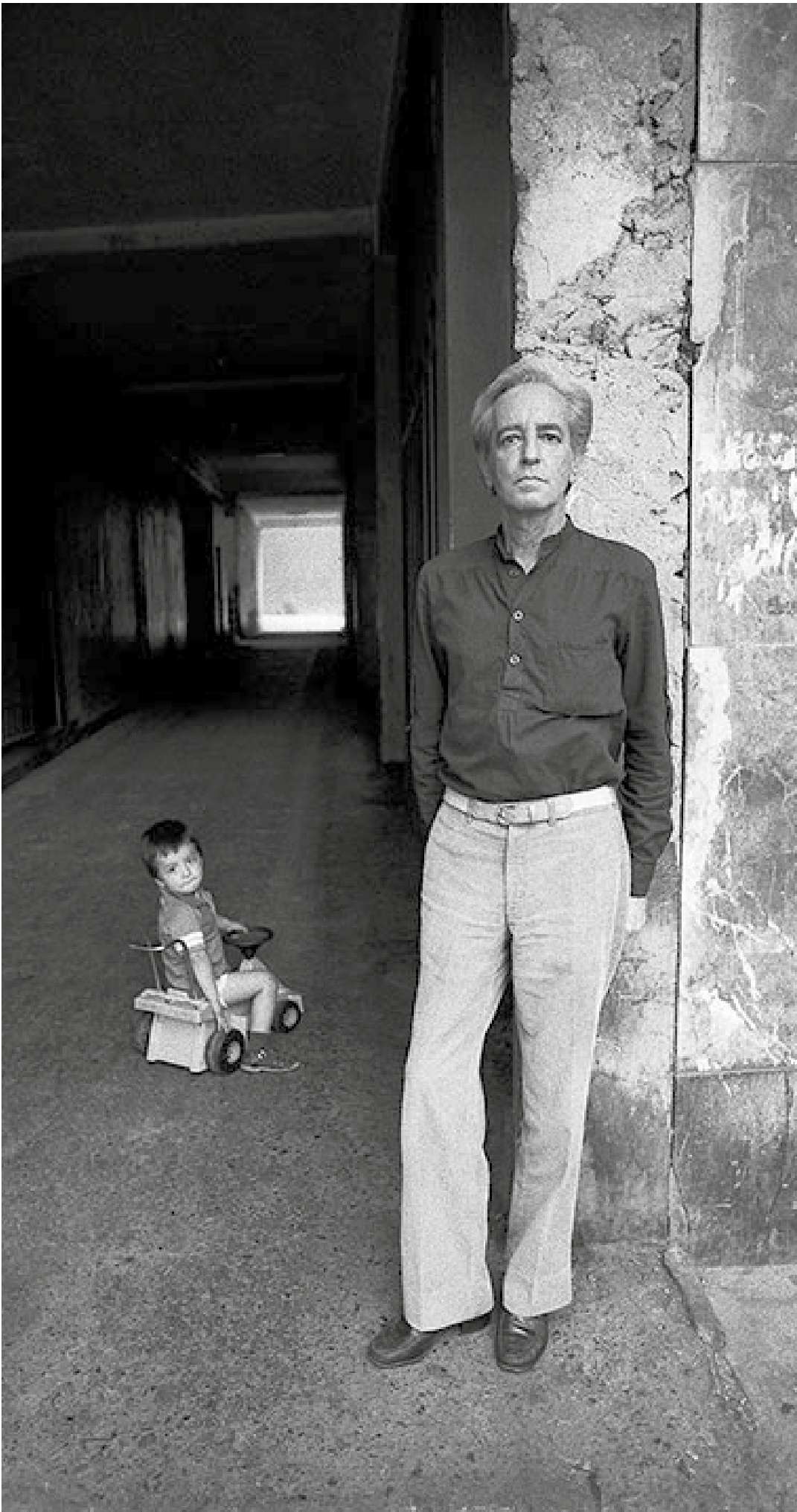
★. Preferiría que vieran en mí un procedimiento, como lo veo en mi amado Raymond Roussel. [...] Se acusa al procedimiento de ser una renuncia a la libertad. Yo creo más bien que es el uso de la libertad en el momento en que sirve: antes de escribir, en el momento de inventar el procedimiento. [...] El artista que no adopta ningún procedimiento en realidad es dominado por entidades tan sospechosas como la inspiración o el talento.

ANIVERSARIO >> BIENAL MARIANO PICÓN SALAS

Oswaldo Trejo: De mi ars narrativa, desde dos bobos enfrentados. Fragmentos

Eso que en mí ha sido práctica inviolable -la visualización de la palabra en la escritura- viene de mi interés por la pintura, la escultura y otras artes en sus múltiples expresiones de formas conseguidas en cada época, generaciones tras generaciones. Siendo las formas las determinantes de toda creación, mucho nos costaría dentro de concepciones artísticas tan distintas, escoger entre quedarnos con la *Visita de la reina de Saba al rey Salomón*, de Piero de la Francesca, y el *Guernica*, de Pablo Picasso. Porque ese Piero, no se sabe cómo, expulsó de su obra al tiempo; y porque ese Pablo, de todas las travesuras descubiertas, pudo habernos dicho que, a pesar de la narrativa de este siglo más revienta cojones, es la narrativa la que sigue en deuda y como ajena a las formas ya clásicas impuestas en este mismo siglo por la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, la poesía. No faltan, pues, razones para una acusación semejante, si pensamos que Picasso solamente para el *Guernica* realizó cientos de bocetos, a cual más maravilloso, de un ojo, un casco, una fauce, un cuerno, una cola, unos dientes de toro o de caballo así de cada uno de los elementos que aparecen en ese célebre cuadro, hasta tomar Picasso aquella parte de tantas partes que fuera la única posible, la verdaderamente adecuada para dar en severa integración la terrible tragedia de Guernica, llevada por el gran pintor tan dentro de sí; sería lo que no se ha dado en la narrativa que seguimos recibiendo, esos trabajosos ejercicios que exige una obra. Ya que nosotros los sexagenarios no pudimos dar en este siglo sino huevos fritos recalentados, ¿qué otra cosa podemos desear a los jóvenes narradores de aquí y de más allá, que vivirán por lo menos cincuenta años en el próximo siglo del nuevo milenio, que no sea pedirles que den hacia los años veinte de ese mismo y maravilloso siglo, obras verdaderamente novedosas por renovadoras? En nuestro Continente, que sean otros Lezama Lima, Sarduy, Rulfo, Guimarães Rosa, pero distintos; en los Estados Unidos, otros Dos Pasos, Steinbeck, Faulkner, pero distintos; en Europa, otros Proust, Joyce, Beckett, Kafka, o Gada, pero distintos; y en España, en España precisamente, otros Julián Rios, pero distintos.

★
¡Qué así sea! Mientras tanto que los críticos latinoamericanos regados por el mundo sigan reuniéndose en asambleas periódicas, en diversos lugares, para hablar, hablar, hablar, y escribir, escribir, escribir solo, salvo pocas excepciones, sobre unos veinticinco nombres de narradores que manejan de los aparecidos en los últimos cincuenta años, a saber: tres argentinos, tres brasileños, uno y medio colombianos, cuatro cubanos, uno y medio chilenos, cuatro mexicanos, un nicaragüense, un paraguayo, dos y medio peruanos, un portorriqueño, dos uruguayos, uno y medio venezolanos.



OSWALDO TREJO / ©VASCO SZINETAR

Sergio Pitol: Desaprendiendo a cada paso. Fragmentos

El bagaje teórico ha sido, a lo largo de mi vida, lamentablemente raquítico. Solo a edad avanzada, en una época que pasé en Moscú, me acerqué a la obra de los formalistas rusos y a la de algunos de sus sucesores. ¡Quedé deslumbrado! No lograba explicarme cómo había podido ignorar hasta entonces aquel mundo cuajado de incitaciones prodigiosas. Me propuse estudiar sucesivamente los aspectos fundamentales de la lingüística, las diversas teorías de la forma, asomarme a la Escuela de Praga, llegar al estructuralismo, a la semiótica, a las nuevas corrientes, a Genette, a Greimas. La verdad sea dicha, pasado el primer deslumbramiento dejé de martirizarme. Tampoco llegué a mayores en el estudio del formalismo ruso. Leí, eso sí, con placer indecible, los tres volúmenes que Boris Eijenbaum dedicó a la obra de Leon Tolstoi, el libro de Tynianov sobre la juventud de Pushkin, *La Teoría de la prosa* de Sklovski, porque en ella, como en las obras anteriores, lo que se filtraba de teoría literaria estaba aplicado a autores y obras concretas. El libro de Viktor Sklovski lo integran una serie de ensayos sobre Boccacio, Cervantes, Fielding, Sterne, Dickens y Biely. El placer se hizo aún más intenso al llegar a Bajtín y leer sus estudios sobre Rabelais y Dostoievski. Cuando traté de asomarme a los textos especializados, esos que los estudiosos llaman “científicos”, me sentí perdido. Me confundía a cada momento, desconocía el vocabulario. Sin el menor remordimiento, los fui paulatinamente abandonando.

★
La tradición literaria remonta sus orígenes a las *Mil y una noches*. En el lejano oriente este género ha sido empleado con frecuencia y ha producido algunas obras que irremediablemente tenemos que llamar maestras: *El sueño de los pabellones rojos* de Cao Xuequin y Gao E, escrita en China en el siglo XVIII y el *Rashomón* de Ryunosuke Akutagawa en el Japón de este siglo. La filiación occidental es más fácil de trazar. La encontramos en el *Quijote*, en *Los cuentos de Canterbury* y en *El Decamerón*. En el Siglo de las Luces rebrota con energía asombrosa, en *Jacques el fatalista*, de Diderot, por ejemplo, en *El manuscrito hallado en Zaragoza*, de Jan Potocki, y en ese portento de portentos que es el *Tristram Shandy*, de Laurence Sterne. En nuestro siglo este tipo de novelas cuya composición siempre se asoció con las cajas chinas o las matrioshkas rusas y que hoy día los teóricos denominan *Misse en abyme*, “puesta en abismo”, ha encontrado una legión de seguidores. Me conformo con citar tres títulos deslumbrantes: *El buen soldado* de Ford Madox Ford, *La verdadera vida de Sebastian Knight* de Nabokov, y *El jardín de senderos que se bifurcan* de Jorge Luis Borges.

★
Escribir novelas es para mí, si se me permite emplear la expresión de Bajtín, dejar un testimonio personal del perpetuo inacabamiento del mundo.

Juan Villoro: Los ojos del engaño. Fragmento

A propósito de *El disparo de argón*
Entre los muchos estímulos que interesan la mirada está la ciudad de México. En 1958 Carlos Fuentes intenta captarla en un fresco totalizador, *La región más transparente*. A la manera de Alfred Döblin, Leopoldo Marechal, Andrei Biely o John Dos Passos convirtió a la ciudad en su personaje central. Su lema parecía ser el del ministro José Vasconcelos para promover el muralismo: superficie y velocidad. Todos los estratos sociales, todos los tiempos mexicanos se condensaban en su novela. Hoy en día resulta extravagante ensayar la novela global por la sencilla razón de que hay demasiadas ciudades que llamamos México: el bastión sumergido de los aztecas, la retícula trazada por el virrey de Mendoza en rigurosa observancia de la utopía de Moro, la capital donde viven dos millones de indios, la película *Total recall*, inspirada en un relato de

Philip K. Dick. Lo más significativo de México D.F. es que se ignora el número de sus habitantes. Las calles repiten sus nombres como si tuvieran que acomodar diez ciudades superpuestas. Aunque ya hay dos barrios que se llaman San Lorenzo, no me fue difícil imaginar un tercero, trazado en cuadrícula, como la parrilla donde ardió el mártir.

★
Algunos escritores escriben mejor de lo que conocen de primera mano; yo prefiero los temas que me resultan familiares pero que conservan un fondo de misterio, algo que no llegaré a saber. El San Lorenzo de la novela es un barrio inclasificable, indiferente a las estatuas y las calles célebres. Quizá sea esta la única forma de descubrir el ritmo interior de un paisaje desmesurado. Como *Las ciudades invisibles* de Calvino, México aguarda los relatos que le inventen una causa, un sentido.

Sergio Chejfec: Fluir el desorden. Fragmentos

Como se sabe la entropía es un principio de la termodinámica. En una de sus formulaciones sostiene que todo proceso de transformación de energía utiliza una cantidad de calor siempre mayor a la efectivamente convertida en trabajo o en otro tipo de energía. El aumento de temperatura de una máquina durante su funcionamiento, la cantidad de fuego utilizada para cocinar, son ejemplos de [...] energía desperdiciada y de hecho irrecuperable.

★
Según la entropía literaria, la energía estética utilizada en la concepción y composición de un texto no se convierte totalmente en literatura, existe siempre una dispersión natural. [...] La felicidad [de la narración] reside en el tratamiento útil e inteligente de la entropía. [...] Cuando la narración no cuestiona las categorías, materiales y presupuestos sobre los que se construye, se aleja -al contrario del poema o aforismo, formas de la plenitud- del ideal estético. Por cuestionar entiendo la desconfianza, incertidumbre y estado de sospecha con los que el narrador debería considerar sus intenciones y procedimientos.

Me parece oportuno destacar como inherente a la literatura de nuestros países cierta dimensión política. No me refiero a las obras de denuncia ni al realismo social, sino a ese proceso esquivo y sinuoso que hace aparecer lo político como componente de lo más hondo de nuestras interrogaciones literarias e intelectuales. En este sentido, quisiera reiterar la profunda calidad insidiosa de la narración: apunta, por su desarrollo entrópico, hacia múltiples sentidos y en este sentido asignarle la mera tarea de contar resulta superfluo. Cuando la verdad se yuxtapone y hace múltiple, la novela conjuga verbos más amplios: transmitir, aludir, insinuar. No existe realidad que ella pueda representar, no es verdadera la verdad que pudiera proponer, tampoco garantiza que sus mismas palabras tengan una razón precisa o unívoca para estar donde están. Estas negatividades operan para rescatar un enigma depositado en la mente de escritores y lectores, el misterio que se interroga sobre el sentido último de las cosas:
“¿Qué estamos haciendo acá, en la tierra, después de todo?” Y cuando consigue reformular la pregunta es una narración lograda.

ANIVERSARIO >> BIENAL MARIANO PICÓN SALAS

Doctores Honoris Causa de la Universidad de los Andes

Enrique Vila-Matas

Otoño de 1955. A una hora temprana y bajo una ventisca gris ceniza, por una calle del barrio de Gracia de Barcelona avanza un niño de siete años llevado de la mano por una señorita de compañía, severa, recatada y monjil. El niño, ya lo adivinaron, es Enrique camino de la escuela, portando en bandolera el pesado bulto escolar repleto de libros, cuadernos y de una libretita donde va anotando las primeras palabras que le llaman la atención: escapulario, vergel, cinematógrafo, almácigo. Sin que el niño tenga conciencia de su tarea, aquella libreta es una representación de sus futuros dietarios y la primigenia raíz de su vocación de escritor. El infante paseante se sabe desde siempre un infatigable explorador y acucioso observador, y en aquel recorrido habitual que se habrá de prolongar a lo largo de una década irá barriendo con su mirada detalles del entorno que su memoria prodigiosa guardará para un futuro museo de artefactos inútiles, nimbados de una belleza colosal: la verde herrumbre de un farol, el resplandor terroso de un muro de ladrillos, las formas románicas de un portal, la sombra de una golondrina como una ráfaga contra una blanca pared.

*

¿Qué es *Bartleby y compañía*? Para mí, este raro libro, al parecer inclasificable, es un híbrido en el más amplio sentido de la palabra, mezcla de narración y reflexión, de novela posmoderna y ensayo a lo Montaigne. Un audaz y vertiginoso recorrido por los territorios de la escritura. Utilizando como excusa o leitmotiv los extraños casos de aquellos escritores militantes del No, es decir de la no escritura, ágrafos o estílicos o silenciados por la locura o por alguna otra tragedia colectiva o personal. Con exquisita elegancia y con un muy fino humor, de manera sutil, exhaustiva y divertida, Vila-Matas se adentra en el mundo de los escritores, sorpreendiéndolos en el instante mismo de disponerse a escribir o a negarse a hacerlo, husmeando en sus miserias y tribulaciones, siempre con una actitud comprensiva y compasiva, descubriendo en aquellas instantáneas, ciertamente instantes de vida, la fragilidad del ser humano y la inutilidad de cualquier esfuerzo. Y así, lo que pareciera un erudito y entretenido paseo por las letras, de la mano de un fanático de la literatura, se convierte en un reclamo existencial, en la postulación de una metafísica.

Ednodio Quintero

Rafael Cadenas

Escribe Cadenas: “Vivir en el misterio, frase redundante”. “La vida es la protagonista”. Y de sentirla en nosotros es de lo que se trata, intenta comprender y hacernos comprender Cadenas, sacando algún provecho de sus gestiones para vivir, de sus gestiones para acceder a la palabra que no siempre le ha correspondido, y así lo ha declarado: “A pesar de haber escrito un libro en defensa de nuestro idioma, soy un pobre verbal, me faltan las palabras. Tienen la costumbre de perderseme. Les gusta dejarme solo. Seguramente, pienso, me cobran los años de abandono en que las tuve por buscar codiciosamente la realidad. Hoy me parece que no hay nada que buscar y que tal vez solo se trate de sentir la vida en nosotros.” ¿A qué suena, cómo y dónde duele eso? “Eso que no tiene nombre y sobre lo cual nada se puede decir”, adelanta Cadenas volviendo la mirada hacia “ese no se sabe qué” del que María Zambrano nos diera noticia, eso que se llama o es llamado “lo desconocido, el misterio, la naturaleza, el ser”, aunque no tenga nombre y se niegue a ser descrito. Eso inaprensible que somos nos hace presas del sobresalto, nos entrena en el uso de los signos de interrogación, a los que vuelvo a aferrarme para inmiscuirme entre sus dudas, poeta

Victoria de Stefano

Este lenguaje deslumbrante, rítmico y penetrante con el que Victoria de Stefano nos interpela como lectores, página tras página, no se detiene en diferenciaciones genéricas. Pues se trata de una lectura que desborda toda posible preceptiva, al poseer plena conciencia de la amenaza de las limitantes que pretenden rotular las características de cada género. De tal modo, la reflexión que tiene lugar en el ámbito ensayístico, referida a temas como “el lugar del escritor” en la sociedad moderna, el compromiso artístico y vital inherente al oficio de escribir, la dimensión biográfica del texto creativo, el espacio narrativo como ampliación discursiva del ámbito poético, la soledad necesaria del artista, el placer y el enriquecimiento existencial que otorga la lectu-

Eugenio Montejo



EUGENIO MONTEJO, ADOLFO CASTAÑÓN, LUZ MARINA RIVAS Y DIOMEDES CORDERO / ©VASCO SZINETAR

Eugenio Montejo es autor de una obra rica, innovadora y compleja, que se vierte sobre todo en libros de versos y poemas. Varias facetas innovadoras conviven en su diamante. Dos, sin embargo, saltan a la vista como decisivas: la primera tiene que ver con su idea o más bien, para recordar al poeta italiano Giuseppe Ungaretti, con su inteligente sentimiento del tiempo –idea o sentimiento que se afinca y enraíza en una profunda experiencia amorosa en la que cristalizan y culminan las experiencias y, a veces, los experimentos de la piedad, la compasión amorosa y la afinidad o afinación órfica–registros, todos, que hacen de la poesía lírica y dramática de Eugenio Montejo, un ente, un ser que dialoga, un ser hecho para el diálogo y el coloquio.

Y algo tiene nuestro Eugenio Montejo del alquimista sigiloso que vierte en el atañor del lenguaje sus menas, sus gangas, sus ganas y sabe transfigurarlos en oro, platino y otros metales radioactivos, como si fuese una suerte de Paracelso criollo, familiarizado con los espíritus elementales de las plantas, las piedras y, desde luego, los insectos y el resto de la fauna. La radioactividad que encierran sus obras es, como la de Fernando Pessoa y Jorge Luis

Cadenas; me aprovecho de ellas para ser un no sé qué con usted. Escúchese bien, repita consigo mismo, repita conmigo:

“¿Quién eres para ofrecerte?
—te decías—
Cuánto no te costó
ver
que eres
al mismo tiempo
menos y más
de lo que creías,
pues perteneces”.

Pertenece, nos pertenece Rafael Cadenas, sus libros se nos tornan precario pero único equilibrio para asomarnos a los acantilados del alma. Desde allí, le prometemos poeta Cadenas honrar la tarea encomendada:

“Custodia la lengua
con la que adoras.
Ella muestra y oculta
tu rostro,
la presencia,
el más poderoso reclamo”.

Patricia Guzmán

ra o la experiencia migratoria y los viajes, es también fértil en su novelística. En resumidas cuentas, podríamos afirmar que toda la obra de Victoria de Stefano es una que sin atenerse a concepciones predeterminadas y a prerrogativas del mercado va al rescate del valor de aquellas que como el *Quijote* y el *Ulises*, esto nos lo enseña en su ensayo “De lo imperfecto del arte”, permanecen “indóviles e impuras”, al no verse constreñidas por moldes rígidos. De allí la libertad que les permite seguir dando cuenta de aquello que hay “detrás de cada escritor”, de ese “yo débil volcado”, fiel a sí mismo, tras el cual podemos percibir “una filosofía, una apuesta moral, una visión del mundo”.

Arturo Gutiérrez Plaza

Borges, contagiosa, aunque no infecciosa, pues en su proceso o proyecto biomimético, Eugenio Montejo se ha cuidado en cada paso de la estilización y de la copia de sus propios procedimientos retóricos que él, como buen alquimista y celoso boticario, sabe tener bien guardados en la alacena.

De ahí entonces el valor –en diversas acepciones de la palabra– de una obra como la de Eugenio Montejo. Obra compleja y a la par transparente, sencilla y redonda como una fruta, pero henchida y embebida de juegos imprevistos y zumos inéditos, articulada desde la perspectiva o la actitud implícita en los diversos géneros de su ceremonial oficio. Porque este es uno de los misterios felices de la enseñanza que es lección de Eugenio Montejo: su gobernada versatilidad, su ondulante transvase o injerto de poema en poema, de prosa ajena en himno propio, de ensayo en estudio diagnóstico de las artes plásticas –como en sus luminosas aproximaciones al pintor y escultor Alirio Palacios–, y de vuelta a la canción, al aforismo, a la sentencia proferida por un maestro imaginario.

Adolfo Catañón

Ramón Palomares



RAMÓN PALOMARES / ©VASCO SZINETAR

“...un hombre encontró su pareja y se amaron y el hijo que nació encontró su pareja y la amó / y el hijo que de allí naciera encontró su pareja y la amó y de allí nació un hijo / el hombre murió y volvió otra muerte y se llevó otra vida y otra vida se apagó al entretanto / y vinieron hermosas costumbres y cambiaron las viejas costumbres y otras costumbres y modales se cambiaron y se levantaron templos prodigio-

Simón Alberto Consalvi

Quiero parafrasear a Consalvi con unas palabras que curiosamente definen su trayectoria de manera ejemplar, tomadas de su *Diario de Washington*: “Las páginas de una vida son como las cartas de una baraja, que se pueden leer de distintos modos e interpretar de manera aislada y diversa”. Atender la tradición de un venezolano que ha sido embajador, canciller, ministro, presidente encargado, pero también, y más importante aún, hombre de estado, historiador, periodista, escritor y promotor cultural, no puede ser menos que una tarea compleja, provocadora y fascinante. En él confluyen fuerzas que no siempre salen bien paradas en la historia: conflictos, paradojas, contradicciones... En fin, el curso de una vida donde palabras como militancia, producción, pensamiento y creatividad no son categorías contrapuestas, sino monedas diferentes de una misma manera de estar parado frente el mundo. Y aquí vale la pena arriesgar una

Juan Sánchez Peláez

Reclamo, reclamo ardoroso a los ojos para que se abran y miren y digan y nombren lo que ni siquiera sabemos si es visible, es el de Juan Sánchez Peláez. Él ha tanteado la presencia, la figura, de lo inimaginable, de lo intangible, ha pasado la vida en vela cuidando de nosotros, presto para advertirnos que “la belleza es la muerte segura”, presto para alertarnos sobre las trampas de la fe en la belleza, esa santa e impúdica perra.

Él, Juan Sánchez Peláez, ha sido el lazarillo del desvelo, del trance nuestro por los parajes de la sensualidad y de lo que humilla de tan prístino. Dueño y señor ha sido de la “oscura transparencia” que hace soplar y resoplar en medio de su pecho, a riesgo de la asfixia, en nombre de atisbar al menos las cenizas del misterio. Eso “que se escapa a la atribución de significados, como si la palabra poética estuviera en otro lugar, en un más allá de los significados, un discurso atado a zonas inconscientes que se escapa al contenido de las palabras y que se encuentra más cercana al mundo de la música”, ha dicho Alberto Márquez.

“Soy de pies a cabeza la gran vacilación del hombre”.

¿Es ese usted? ¿Es ese hombre Juan Sánchez Peláez? No nos crea tan inocentes, sabemos que es usted quien dice:

“Por los ritmos primordiales de nuestra tierra
que es dura y suave
por los cinco sentidos
y nuestro abismo
por querer paladear la luz
nos arrodillamos y lloramos así:
si tu boca está en lo infinito
y tu espina es mi pan
ya debes tener dos piedras sobre cada mano del desierto
ya no posees abejas dentro del panal
ni manantiales sino montañas elevadas
y continuas dormido en los páramos
que no son albergue de nadie

y es inútil que hagamos frente a ti
salvas de aplausos o disparos con fusiles

y no te importa el grito demasiado audible
entre nosotros”.

Patricia Guzmán

sos y los templos prodigiosos se fueron y llegaron nuevos templos prodigiosos...” Lo dice Palomares, lo dice porque ha habitado allí, porque con cada poema ha levantado casas de talle largo, habitaciones de cuello alto, porque ha escalado el eco de la primera palabra y ha descendido hasta la raíz más profunda del árbol de nuestro idioma y ha llenado su saco, el saco del alma, el saco en el que guarda las vasijas de sus ancestros –los Cuicas–, el saco en el que preserva la expresión más pequeña de la más profunda emoción vivida, del mayor estremecimiento que le ha producido la diminuta flor del eneldo. En tal jornada lo acompañan sus paisanos, gente servicial, gente sencilla, que le enseñó a inclinarse para recoger la cosecha, que le enseñó las inflexiones del alma y un alfabeto al que si le faltan letras, le sobra emoción: no entendería el pájaro, por ejemplo, si se le hablase en una lengua ajena al corazón, y no se sentiría aludido el poeta luego de preguntarle a ese pájaro de los siete colores “A quién le decís de querer”.

Patricia Guzmán

primera conjetura: Simón Alberto Consalvi representa los valores de una figura neorrenacentista, un hombre que encarna las múltiples dimensiones de lo humano. Ese es su signo. Prefiero aquí subrayar su vocación de intelectual atento a las necesidades de un país, que en los años sesenta fue el creador y artífice del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, hoy desaparecido, verdadera carta de navegación con la cual hizo posible la creación de la editorial Monte Ávila y la revista *Imagen*, dos anclas para afirmar la cultura venezolana y darle cobertura internacional. Ahí está la mano, las ideas, la visión de Simón Alberto Consalvi, que no se cansa de decirnos que para existir hace falta nombrar, que para nombrar hace falta creer en una nación y apostar por lo que mejor que brilla en ella.

Sergio Dahbar

ANIVERSARIO >> BIENAL MARIANO PICÓN SALAS

Diálogo entre Roberto Echeto y Rubi Guerra

Durante la VI Bienal de Literatura Mariano Picón Salas (2005), ULA TV montó un plató, en el que, bajo la coordinación de Miguel Szinetar, se grabaron diálogos entre autores participantes. La experiencia originó el volumen *Entredialogos* (Fundación para la Cultura Urbana, 2007), con el propio Szinetar como editor y autor del prólogo y las notas. Del mismo hemos seleccionado dos de los intercambios, el de Roberto Echeto y Rubi Guerra, y el de Miguel Szinetar y Armando Rojas Guardia, que se ofrecen a continuación

I Roberto Echeto: ¿Qué hay en ti, qué hay en tu trabajo, qué hay en tu vida, que haga que en tus libros haya tantas escenas sórdidas? ¿Tienes una vida sórdida?

Rubi Guerra: No, mi vida es más bien tranquila y apacible. Tal vez demasiado apacible. A lo mejor esa sordidez que se presenta en los cuentos y en las novelas, tiene que ver con lo que uno ve, con el entorno. O con una visión que uno tiene sobre la vida, sobre la realidad. No es una proyección personal de la vida mía, sino más bien una visión del mundo. A lo mejor, esa sordidez es que yo considero que el mundo no es un sitio demasiado amable ni demasiado bonito. A lo mejor el mundo es así, algo un poco sórdido, aunque tenga, por supuesto, aspectos amables. No sé cómo lo ves tú.

RE: Lo digo porque en *Un sueño comentado*, que es tu libro más reciente, editado por el grupo editorial Norma, hay cuentos que tienen, o ponen el acento, en ese lado oscuro, ese lado sórdido de la vida. Son unos cuentos extraordinarios, Rubi. Recuerdo el cuento de la biblioteca, por ejemplo, donde un hombre cruza un pasillo oscuro y llega a una biblioteca mohosa, debajo de un lugar no precisamente muy santo. Llega a una biblioteca, y comienza a leer unos manuscritos, un material donde hay una historia sórdida, que ocurre como al margen de nuestra guerra de independencia.

RG: Es difícil ver, uno mismo, las razones profundas por las cuales escribe. Es muy difícil. Uno sabe las historias que quiere contar. En el caso mío, será que esas historias siempre tienden hacia un elemento de sordidez, a veces matizado por la ironía. Por cierto sentido del humor también, que está presente en otros cuentos. Pero es verdad que tal vez en el fondo yo tengo una visión pesimista del mundo. Esa visión está presente en mi escritura. Sin embargo, eso no es una cosa privativa mía, porque yo también siento lo mismo en tu libro, en el más reciente: *Breviario galante*, que editó la Fundación para la Cultura Urbana. Allí hay mucha sordidez también. Son historias urbanas que derivan muchas veces hacia la violencia. También allí se encuentra una visión, yo diría, sórdida. Pero es otra cosa lo tuyo, es una cosa que tiene que ver con el absurdo, una visión absurda del mundo, de la realidad.

RE: Te voy a contar dos cosas. La primera, es que yo soy fanático, furibundo, de Ernest Borgnine. ¿Conoces a Ernest Borgnine?

RG: ¡Excelente! ¡Por supuesto!

RE: Un gran actor norteamericano, que ha estado en todas las películas habidas y por haber. Dos de esas películas son *Gattaca* con Uma Thurman y Ethan Hawke; y la otra, es una serie de televisión que todos vimos en nuestra adolescencia, *Lobo del aire*. Yo y que iba a hacer, en algún momento de mi vida, unas estampitas de “San Ernest Borgnine”, para ponerle atrás una oración. ¿Qué te parece?

RG: Me parece muy buena idea, pero además hay que ponerle del otro lado a Frank Sinatra...

RE: Esa es otra que hay que hacer.

RG: Que es un icono también. Tu libro comienza con un texto sobre Frank Sinatra.

RE: ¡Qué interesante! Estamos aquí sentados, dos personas que tratamos de generar una literatura, con elementos que han sido excedentes de la cultura. Por un lado, el humor, lo absurdo; por el otro, la sordidez. ¿Cómo ves tú que va la literatura actual venezolana, y cómo entran en ella estos temas?

RG: Yo creo que nuestra literatura aborda todas esas cosas. De hecho, todas las literaturas tienen una tendencia marcada hacia lo sórdido, hacia lo infeliz, hacia lo violento. Una literatura de lo bonito, de lo armonioso, de la felicidad, yo diría que es imposible. Es muy difícil, muy difícil que exista, porque produciría un profundo aburrimiento en la gente. La literatura se alimenta de esas cosas que parecen subproductos de la vida, de lo violento, lo macabro, lo desagradable, lo sórdido.

RE: Me he dado cuenta de que lo sórdido, lo macabro, lo violento, son elementos más normales de lo que uno cree. Pareciera ser que el



ROBERTO ECHETO / ©VASCO SZINETAR



RUBI GUERRA / ©VASCO SZINETAR

subproducto de la vida, lo que de verdad está en el sótano, es la felicidad, la alegría, la bondad.

RG: A lo mejor el sentido profundo es ese. A lo mejor la verdad es esa, y no queremos verla. Mantenemos nuestro proyecto ideal de felicidad, cuando la única realidad posible, a lo mejor, es la sordidez y la infelicidad. Por cierto, ¿tú eres feliz?

RE: Yo soy inmensamente feliz, sobre todo desde que leí una frase de Groucho Marx. ¿Tú conoces a Groucho Marx? Ese es otro de mis ídolos.

RG: Es mi ídolo también.

RE: Groucho Marx dice: “Cásate conmigo y nunca más miraré otro caballo” (risas!!)

RG: Groucho Marx también era un ídolo mío desde la infancia. ¡Cómo no! Yo vi muchas películas de él, que pasaban por televisión. Me acuerdo de una: *Los cocos*. Una cosa increíble.

RE: *Una noche en la ópera*.

RG: *Una noche en la ópera*. ¡Esas películas! Yo creo que todas han permeado nuestra visión de la cultura.

RE: Hablando en serio: hay cierto cinismo de parte nuestra al ver lo que nos rodea, el desastre, el naufragio, el gran naufragio en el que estamos.

RG: Yo creo que el cinismo y la ironía son inevitables. Tal vez por eso mis historias son sórdidas, como tú dices. Pero al mismo tiempo, traducen el humor en forma de ironía y de auto ironía. No puede uno tomarse lo que hace demasiado en serio.

RE: Hay uno de tus cuentos, que está en *Partir*, que me impresionó mucho. Es el cuento de

alguien que está recluso en un sanatorio y sale de ese sanatorio...

RG: Y se encuentra en un mundo destruido, que prácticamente no existe.

RE: *Partir* es otro de tus libros de cuentos que están brillando. Y se consigue todavía, editado por Memorias de Altagracia.

RG: Todavía se consigue. Los otros, aparte de *Un sueño comentado*, ya no se consiguen.

RE: ¿Tienes alguna teoría, algunas pautas que tú sigas respecto al cuento? Pautas personales, no el decálogo del perfecto cuentista.

RG: No. Primero consigo una idea. La idea nace sola. No es que yo me ponga a pensar: “vamos a crear una historia”. No sé si a ti te pasa así. Pero en todo caso, yo no pienso: “voy a crear una historia”, sino que la historia llega. A veces llega por la imagen de un sueño, a veces llega por la imagen de un recuerdo, y a partir de esa imagen, comienza a construirse en mi cabeza. Entre el momento en que se me ocurre la historia y el momento en que la escribo puede pasar muchísimo tiempo. De hecho pueden pasar, literalmente, años. Hay cuentos que yo he concebido en un momento y he escrito diez años después. Otros, un año después, medio año después, no hay una medida. Lo que hago es que trato de que esa cosa que he creado, he concebido en mi cabeza, se traduzca de la manera más adecuada al papel. Que sea una historia que pueda seguirse, que tenga una trama interesante, que esté bien estructurada, que no sea simplemente una trascripción de ideas, sino que sea, sencillamente, una historia bien contada que pueda seguir

cualquiera. Hay historias más simples que otras, hay unas más complejas. Pero yo quiero que cualquiera pueda leerlas, y pueda sentir que quiere seguir leyendo. Para mí es importante que la gente quiera seguir leyendo lo que está leyendo. No convertir el cuento en una especie de bloque fastidioso. Los cuentos tuyos son rápidos, con profundos diálogos, con escenas cotidianas. no sé cómo lo consigues.

RE: Mi método es estar todo el tiempo pendiente de lo que sucede alrededor, en la calle, en mi casa, con los vecinos, en el país. Y trato de tomar las cosas con pinzas, de recortar lo que más me interesa.

RG: Una cosa que dices, que me parece interesante, es que en el proceso de escritura uno ve hacia adentro y hacia fuera. ¿No piensas tú que el escritor debe tener la capacidad de mirar el exterior? Hay que tener una capacidad aguzada de visión del entorno, porque si no tienes esa capacidad, no puedes escribir, no puedes decir nada. El ombliguismo no es bueno.

RE: ¡Claro!

II

RG: Roberto, a nosotros nos han considerado como una generación de escritores. No estoy seguro de que eso sea verdad. Pero, en todo caso, somos más o menos contemporáneos. ¿Qué te parece, si esos elementos sobre los que hemos estado conversando, la sordidez u otros, están presentes en gente como Israel Centeno o Juan Carlos Chirinos o Juan Carlos Méndez Guédez, en otra gente de nuestra generación?

RE: Hay algo que nos une, que es la problemática urbana, el tema urbano, lo que sucede en esos recónditos callejones de las calles de las ciudades donde vivimos. Yo creo que si uno hila muy fino, cada uno de nosotros busca los temas en esa fuente. Hay gente que ha dicho que en vez de una generación, somos una mafia. Yo quiero que sepas, que yo me siento orgulloso de pertenecer a una mafia, y si Israel Centeno es el capo, pues, mejor, feliz pues, si es Israel Capone o Israel Soprano ¡Qué belleza! Pero hablando en serio, creo que –bueno, lo otro también lo dije en serio– Israel, por ejemplo, con *La casa del dragón*, que es su producción más reciente, o con *El complot* o con *Criaturas de la noche*, está construyendo un mundo plagado por esa sordidez, y por esa energía que hay en la calle, y por esas fuerzas que están ocultas todo el tiempo, solapadas, esperándonos para brincarlos encima y tragarnos. Si tú revisas los libros de Juan Carlos Méndez Guédez, quien vive en España, está haciendo una carrera brillante, y generando una literatura casi que del exilio; lo que hay en el fondo de Méndez Guédez es esa búsqueda de una estética del desarraigo, de ese malestar que producen nuestras ciudades en este momento, sea por la política, sea por la pobreza, sea por los líos que tenemos, que son infinitos.

RG: Por la pérdida de señales de identidad también. Fíjate que en *El libro de Esther*, la novela de Juan Carlos, hay una recuperación de la memoria adolescente, que es al mismo tiempo, una recuperación de una Caracas perdida. Y es asombroso cuando uno escucha hablar de Caracas perdida a gente que es muy joven. Juan Carlos no tiene cuarenta años todavía, y, sin embargo, ya siente que hay una Caracas, la Caracas que él conoció en su adolescencia, que desapareció. Eso que parece una experiencia de gente muy mayor, de gente de la Caracas de principio de siglo, o de mitad de siglo, es también experiencia actual, y uno podría entender por ahí, esa pérdida de señales de identidad. Porque tu ciudad, de alguna manera, te va dando claves existenciales: donde conociste tu primera novia, donde tuviste tu primera relación sexual, donde jugaste con los amigos, las canchas donde jugaste basket, las canchas donde aprendieron el uso de las drogas. Todas esas cosas van desapareciendo. Todo eso está en Juan Carlos, y está apareciendo también en Israel, la recuperación de una ciudad.

RE: ¿Cuál de los libros de Juan Carlos Méndez Guédez te gusta más?

RG: No he leído la última novela, *Una tarde con campanas*. Mi valoración tendría que ser sobre las que he leído. Me gusta *El libro de Esther*. Es la novela que más me gusta. La siento más redonda, más personal, y más condensada en sus historias.

RE: ¿Y la otra, la que editó Lengua de Trapo?

RG: ¿Cómo se llama?

RE: Se me olvidó. Solo recuerdo que hay una escena de dos muchachas viendo la autopista que va de Yaritagua a Barquisimeto desde la pasarela, y hay allí una evocación, una nostalgia extraordinaria.

(continúa en la página 12)

DOSSIER >> 30 AÑOS DE LA BIENAL DE MÉRIDA

Diálogo entre Armando Rojas Guardia y Miguel Szinetar



ARMANDO ROJAS GUARDIA / ©VASCO SZINETAR



MIGUEL SZINETAR / ©VASCO SZINETAR

"La opción de la fe es ineludible. No me refiero solo a la fe religiosa. Hay una fe antropológica, que tiene todo ser humano. Los últimos valores por los que apuesta una vida humana"

I Miguel Szinetar: ¿Qué percibes en el fondo del fondo? Armando Rojas Guardia: ¿En el fondo del fondo? Hay una frase que escribí en *El Dios de la intemperie*: “al fondo de los fondos debería existir una inmensa compasión, una ironía redentora, misericordiosa”. Una especie de humor benévolo hacia la realidad, sobre todo hacia la condición humana, que redimiera la malignidad que se puede percibir en ella. MS: ¿Y ves luz? ARG: Sí. MS: ¿Cómo la percibes: brillante, opaca? ARG: Es una luz tamizada, que no aplasta, no avasalla. Una luz que nos espera al fondo de los fondos. MS: ¿Está mediada? ARG: Por el lenguaje, por el ser humano, con toda la ambigüedad que esto implica. MS: ¿Cuál es la relación entre poesía y lenguaje? ARG: La poesía es el rango de lo indecible en el seno del lenguaje. El lenguaje extrema sus posibilidades para cercar lo indecible, y de ahí nace la poesía. MS: ¿El discurso de lo indecible, nace o se construye? AR: Se percibe. Empieza uno a percibir di-

mensiones indecibles de lo humano e instrumenta estrategias verbales para cercarlas. Son dos polos: el lenguaje y lo indecible, que están en permanente tensión. Esa tensión es la que especifica la poesía. MS: ¿Cuál de los sentidos te privilegia? ARG: Mi relación más fértil no es con el espacio sino con el tiempo. Me privilegia el sentido del oído, de la música. Borges dice: “la música es una de las formas del tiempo”. Quisiera empezar una renovada relación con el espacio, con el sentido de la vista, con las imágenes, los volúmenes, las texturas. MS: Dijo Czesław Miłosz que el poeta describe lo que ve. ¿Qué ve? ¿Lo de adentro? Al poeta le es concedido mirarse a sí mismo, pero no puede dejar de mirar hacia afuera. ARG: Yo estoy dando un seminario sobre la tragedia griega, y leímos *Edipo Rey*. Sófocles privilegia la visión interior del ciego, en este caso, de Tiresias. Al final, Edipo se perfora los ojos, y dice: ¿para qué me sirve la visión de las cosas exteriores? Es como si Sófocles quisiera enfatizar, que la luz externa es engañosa, que la luz interior que encarnan los ciegos es la más fecunda. MS: ¿Eres un hombre de fe y esperanza? ARG: La opción de la fe es ineludible. No me refiero solo a la fe religiosa. Hay una fe antropológica, que tiene todo ser humano. Los últimos valores por los que apuesta una vida humana, no son científicamente demostrables, sino que implican una opción.

II MS: Me conmovió tu poema, “La desnudez del loco”. Es, a mi juicio, uno de los poemas más importantes de este momento de la cultura venezolana. Hay en él una meditación omnibarcante. Su punto de partida es el hombre, en un estado que conceptías de desnudez libérrima. Piensa la transgresión, la expulsión

del paraíso y la entrada a la intemperie: la desnudez perseguida y escrutada por el ojo de la culpa y de la vergüenza. Consideras la relación entre procesos de autoconocimiento, fragmentación del yo, y disgregación del lenguaje. Comparas ciertas formas, muy arraigadas, de tratamiento social de la locura, con el horror de Auschwitz. ARG: El poema empezó a imponérseme en la mañana del 26 de diciembre del 2004. Me había dicho que quería empezar a escribir poesía, después de cuatro años y medio de silencio, en el 2005. Pero mi terapeuta, en una sesión, me dijo: “Así como Cadenas le dedicó un poema a la derrota, deberías dedicarle un texto a la locura, porque ella ha significado para ti, junto a sufrimientos y noches oscuras, una plataforma de propulsión hacia niveles superiores de conciencia y de libertad”. Esas palabras me quedaron gravitando, y creo que son la base inconsciente que me llevó, durante seis días, mañana, tarde y noche, a escribir el poema. Lo di por concluido el 2 de enero. Y luego vinieron 15 días de corrección. Karina Sáinz Borgo se lo hizo conocer a Nelson Rivera, el director del *Papel Literario*. Nelson se entusiasmó y lo quiso publicar. MS: ¿Recuerdas el sonido inicial, las primeras palabras? ARG: Las primeras palabras, que resonaron en mí, fueron las del epígrafe del Génesis: “El señor Dios llamó al hombre: ¿dónde estás?” “El replicó: te oí en el jardín y me entró miedo porque estaba desnudo”. “Y el señor Dios le replicó: ¿y quién te ha dicho que estabas desnudo?” Yo quise construir el poema alrededor de esa imagen del Génesis. La primera y la segunda parte son autobiográficas. La primera, gira alrededor del baño colectivo al que éramos conducidos en el sanatorio psiquiátrico a las doce

del día. Se refiere a la desnudez de la locura, encarnada en mi propia desnudez, en el contexto de aquel baño multitudinario. MS: Luego reflexionas sobre un pasaje del Evangelio según San Marcos. ARG: La segunda parte narra el episodio del muchacho que no quería bañarse a las doce, sino en la mañana o en la tarde. Ese deseo no sujeto a reglamento fue castigado por el enfermero, metiéndolo en un calabozo, porque, aunque suene pasmoso, en ese sanatorio existía un calabozo. Pienso allí la desnudez del otro. La tercera parte explora la desnudez arquetipal, a través de la investigación lírica y simbólica de una imagen del Evangelio de Marcos, que la gente no suele reparar: “cierto joven le seguía en Getsemani, cubierto el cuerpo con una sábana; y le prendieron; mas él, dejando la sábana, huyó desnudo”. MS: ¿Ese muchacho desnudo, qué representa? ARG: De alguna manera encarna la locura, porque se necesitaba tener alguna fiebre mental para seguir a Jesús, como un discípulo, en una noche tan comprometida social y políticamente, cubierto por una sábana. Personifica una actitud inconforme, socialmente discola, una conducta no convencional. Representa la fe. Yo trato de decir que la locura es imagen y metáfora del seguimiento de Jesús. Un modo inconsciente de seguirlo, que puede convertirse en voluntario, si uno toma conciencia de la gracia que ha sido recibir la enfermedad, como invitación a vivir de otra manera. Subrayo: de otra manera. El poema termina estableciendo que hay dos tipos de locura: la libérrima, que implica la desnudez de la culpa, y es vía de acceso a un estado edénico. Y la culpabilizada, que resiente la imagen punitiva del otro. Hay una tensión entre ambas, y eso es lo que pretende decir la última parte del poema. ☼

Diálogo entre Roberto Echeto y Rubi Guerra

(viene de la página 11)

RG: Esa escena yo también la conservo, porque está muy bien lograda. Y es verdad, hay un sentido de pérdida y de soledad en esa imagen de la muchacha contemplando la carretera vacía. Una carretera que viene de un sitio donde ella no está, y va a un sitio donde tampoco está. Ella simplemente está parada en ese lugar. Es una novela que también me gusta, bastante, incluso. Pero siento la otra más condensada. RE: Yo no he leído *Tarde con campanas*, que se ganó un premio, una mención, hace poco tiempo. RG: Una mención muy importante. Fue editada por Alianza. RE: Juan Carlos Chirinos, ¿qué opinas de él, qué opinas de su trabajo, de lo último que ha publicado, de *El niño malo cuenta hasta cien y se retira*, o de *Homero haciendo zapping*? RG: Yo conozco los libros de Juan Carlos, desde el primero, desde *Leerse los gatos*, que es un intento de aproximación a lo fantástico, que también algo de eso se encuentra en *Homero haciendo zapping*. Este es un libro que me gusta mucho. La ambientación persa que le da a sus historias. No griega. Alguna gente ha dicho que es griega. No es griega, es persa. Al

menos, es más persa que griega. Los cuentos están bien contruidos, bien logrados. La novela, la acabo de leer. La terminé la semana pasada, *El niño malo se retira y cuenta hasta cien*, me gustó mucho. Tal vez sienta que hay un momento en que pierde un poco la trama, se debilita un poco. Pero recupera mucha fuerza en la segunda parte. Fluye muy bien, es muy divertida. Hay un divertido homenaje a Eugenio Montejo. No sé si Montejo sabrá que es un personaje de ficción, quedó convertido, por el arte de Juan Carlos Chirinos, en un personaje de ficción. Eso me parece muy sabroso. Nuestros narradores leen a nuestros poetas. RE: Una pregunta, Rubi, que sí es delicada. Agárrate de la silla. El sentido del humor: ¿tú crees que beneficia o no a los libros que se están escribiendo en los últimos tiempos, sobre todo en las últimas generaciones? RG: El sentido del humor es un recurso perfectamente válido. Está presente desde Cervantes. RE: Pero, ¿tú no crees que es parte de lo que está pasando con la crítica, que no se toma literalmente en serio a los autores? No escriben sobre nosotros, no escriben sobre otros, no escriben sobre nadie, es porque en los últimos tiempos hay una narrativa muy jocosa, muy Radio Rochela, graciosa. RG: Vamos a terminar la idea. Es válido el recurso del humor, que se presenta como ironía, si es un elemento que sirve para profundizar. Pero también pudiera darse un sentido

del humor superficial, que apunta hacia una risa tonta y fácil. En ese sentido, el recurso del humor podría ser negativo. Podría ser más bien un recurso de facilidad. Yo creo que se debe recuperar el humor, sobre todo cuando permite que las novelas ganen en profundidad, porque les aporta otra dimensión. Es bueno que las novelas no sean solamente trágicas, que no sean solamente dramáticas. El humor es una cosa que está en nosotros. RE: Te hago esta pregunta por muchas razones. La primera es porque tú eres una persona muy seria, muy adusta, y tu humor, que lo tienes, es un humor de ese que uno se ríe hacia adentro. Un chispazo que le alegra a uno la vida. Insisto en que uno puede llegar a ver desde afuera la producción de otros autores que se dedican con hincapié al tema del humor en sus libros. RG: En qué estás pensando concretamente. RE: Por ejemplo, en Juan Carlos Méndez Guédez. Sus libros están repletos de chistes, de situaciones humorísticas. ¡Y los libros de Juan Carlos Chirinos, ni hablar! RG: ¡También! RE: El mismo Israel tiene ciertos toques, ciertos destellos. La otra razón por la cual te hacía la pregunta, es porque yo creo que todo lo que tiene que ver con la comedia, lo que tiene que ver con el humor, siempre es visto como algo que se aparta, que no tiene un peso intelectual. Creo que nosotros tenemos una tendencia autodestructiva en ese sentido. Echamos varilla,

nos gusta el bonche, la rumba, pero también pareciera ser que nos negamos a esa naturaleza que tenemos. RG: Eso tenemos que asumirlo, eso está en nosotros. Yo no creo en los estereotipos, en que, por ejemplo, somos caribeños porque somos rumbosos y nos gusta la salsa. RE: A mí no me gusta la salsa. RG: Y nos gusta el bochinche permanente, y que nuestra literatura debe ser eso, basada en la música, el humor y la salsa. Eso es un estereotipo. Yo no creo en eso. Yo creo que eso puede ser, perfectamente, una variante de nuestra literatura. Pero nuestra literatura puede ser muchas otras cosas. Puede ser urbana, puede ser rural, puede ser fantástica, puede ser sórdida, puede ser policial. Lo del humor lo contemplo solo como una posibilidad. No creo que debería ser una marca distintiva, sino una cosa que está, y puede que tenga que ver con el carácter. Lo que decíamos antes. A lo mejor la sordidez puede ser asimilada a través del humor. También la violencia puede ser matizada por el humor. RE: Rubi, en dos segundos, medio segundo: ¿Auguras un futuro promisor para la literatura venezolana? RG: Sí. Nosotros estamos haciendo una buena literatura. No estamos ni peor ni mejor que el resto de América Latina. Estamos trabajando con seriedad. RE: Estoy de acuerdo contigo. RG: ¡Está bien! ☼